BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

LOS HEMATOFAGOS

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

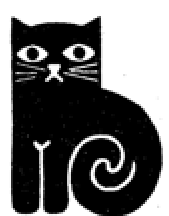


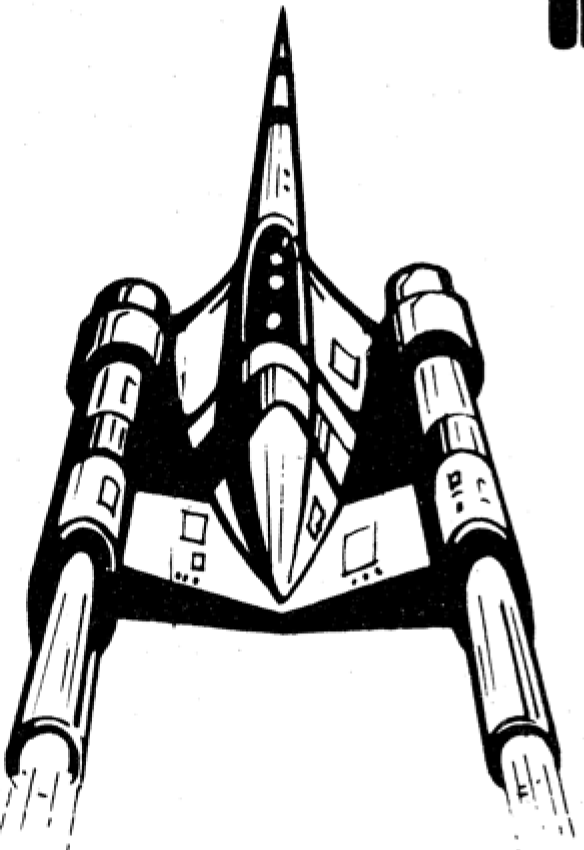
LOS HEMATOFAGOS

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS





La conquista del ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

448—*Conquistador de mundos*—Clark Carrados

449—*La ambición del terrícola Snock*—Ralph Barby

450—*Asalto a la cuarta dimensión*—Glenn Parrish

451—*¡Cadáveres!*—Curtis Garland

452—*Planeta errante*—Glenn Parrish

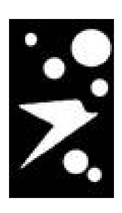
KELLTOM McINTIRE

LOS HEMATOFAGOS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 453

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS –MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 6.168 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: abril, 1979

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

—*Ellos estuvieron aquí.*

—¿Quiénes son exactamente, Martin? —indagó perplejo el coronel Cadwell.

—¡Ellos! ¡Ellos estuvieron aquí, en mi cabina! —repitió Tom Martin, obsesionado.

Temblaba convulsivamente y sus demacradas facciones estaban tan tirantes como el cuero de un tambor.

El atlético coronel Cadwell se inclinó sobre el ingeniero.

—Tom —dijo en un susurro—. Creo que has estado bebiendo.

Ruth Sheferian tomó impulsivamente al coronel por un brazo.

—¿Cómo puedes decir tal cosa, Frank? —exclamó, dolida—. Basta observar a Martin para comprender que algo horrible acaba de sucederle. ¡Mírale! Un hombretón de casi cien kilos convertido en pocas horas en un..., en un saco de huesos.

El ingeniero seguía agitándose violentamente en el lecho. Y murmuraba machaconamente:

—Ellos estuvieron aquí. ¡Estuvieron aquí en esta misma cabina! Y ella... ¡era fascinante!

La doctora Sheferian y el coronel Cadwell volvieron su atención al infeliz Tom Martin.

La noche anterior, Martin se había ido a la cama después de una agotadora jornada de trabajo.

Inexplicablemente, el reactor número 1, principal fuentede energía de la *Mars Experimental Base*, había dejado de funcionar. Martin y los técnicos habían empleado dieciocho horas ininterrumpidas en realizar un exhaustivo chequeo del generador nuclear. Por desgracia, todos los esfuerzos del ingeniero y su equipo habían sido inútiles.

La carga atómica estaba intacta, todos los elementos del reactor aparecían en orden, pero... el generador había cesado bruscamente de producir energía eléctrica.

Y ahora…

Según la doctora Sheferian, Tom Martin estaba a punto de morir, víctima de una agudísima anemia.

—¡Ella! —exclamó Cadwell, maravillado—. ¿Te refieres a Ada Winters, Tom?

Martin desorbitó los ojos.

—¡No! Era mil veces más bella… Sus ojos dorados parecían oro bruñido. Y su cuerpo… algo tan maravilloso y perfecto como jamás hubiera soñado. Llegó hasta mí y… me acarició. Me…, me rendí.

Frank miró a la mujer.

—¿Entiendes algo de esto, Ruth? —preguntó en voz baja.

—No. Cualquiera pensaría que se trata de un delirio. Incluso yo misma llegaría a la conclusión de que Tom se ha vuelto loco…, si no se diese el hecho cierto de que este hombre ha perdido kilos de peso en pocas horas —respondió la guapa Ruth Sheferian con expresión sombría.

Las constantes clínicas de Tom Martin comenzaron a disminuir minutos después. Tras la loca exaltación a la que había asistido como testigo el coronel Cadwell, el pulso del ingeniero disminuyó de forma impresionante y su respiración se tornó silbante y estertorosa.

Inmediatamente, la doctora Sheferian auscultó al enfermo con un estetoscopio electrónico.

—Pulmonía —declaró con voz grave. E hizo venir a las enfermeras Hyery López.

Con toda urgencia, a Martin le fue aplicado un respirador artificial. A pesar de lo cual fallecía a las 6,30 de la mañana, hora de Marte.

Su muerte produjo una gran conmoción en la Base Experimental de Marte, no sólo porque Tom Martin fuera un hombre sencillo y cordial, muy querido de las doscientas personas que componían la dotación de la base, sino por las extrañas circunstancias en que se había producido su fallecimiento.

Algunas horas después, tras llevar a cabo la autopsia del cadáver, los restos mortales del infeliz Tom Martin fueron incinerados en el horno eléctrico del hospital, tras la celebración de un breve funeral

que dirigió el reverendo John Parkins, que aparte de atender espiritualmente a la dotación de la base, prestaba en ella sus servicios como biólogo.

Terminado el fúnebre oficio religioso, el coronel Cadwell se entrevistó con la doctora Sheferian.

—Bien... ¿Cuál es el resultado de la autopsia? —preguntó, sombrío.

Ruth observó fugazmente la expresión del coronel.

Incongruentemente, pensó en aquel instante que Frank Cadwell era un hombre muy atractivo; aunque de mediana estatura, Cadwell era muy proporcionado, de aspecto atlético, ojos azules, tez bronceada y unos cabellos crespos atractivamente grises.

¿Cómo un hombre de treinta y cinco años había encanecido de forma tan absoluta?

Corrían algunos rumores que pretendían explicar los cabellos de plata del coronel Cadwell: alguien aseguraba que Frank había encanecido como consecuencia del encuentro con raros extraterrestres en el planeta Tildrich[1]. Otros pretendían que la canicie de Cadwell se había producido súbitamente cuando todos los tripulantes de la astronave *Inquirer II* murieron en circunstancias alucinantes víctimas de un virus desconocido. Quienes daban esta explicación, aseguraban queFrank Cadwell se había visto obligado a viajar durante ochenta y tres días en solitario. O mejor, acompañado por los cadáveres de trescientos tripulantes del *Inquirer II.* En fin, otros aventuraban la posibilidad de que el coronel hubiera salido del vientre de su madre con los cabellos de color plata...

—¡Ruth! —exclamó Frank, ya impaciente—. Es la tercera vez que te pregunto por el resultado de la autopsia de Tom Martin.

—¿Eh? Ah, lo siento, Frank, me había distraído —se disculpó la doctora Sheferian—. La muerte se produjo por colapso cardíaco, provocado por anemia aguda e insuficiencia respiratoria.

Frank encendió un delgado habano con firme pulso.

—¿Eso es todo?

Ruth palideció primero y se ruborizó después... ¿Cómo explicar ciertas cosas al hombre del que estaba enamorada?

Carraspeó aturdida. Y luego, adoptando el tono más profesional

que pudo, dijo:

—Creo que no te lo expliqué antes de que Tom muriera… Bueno, me resulta embarazoso hacerme entender en…, en esta ocasión…

Cadwell lanzó una bocanada de humo al aire.

—Tienes razón. No te entiendo. ¿Por qué no hablas claramente?

La doctora Sheferian tragó saliva.

—Está bien, lo intentaré. Cuando la enfermera Hyer me avisó acerca de la indisposición de Martin, ordené que fuese ingresado en el hospital. Pero Hyer me hizo observar algo: Tom… ejem… había eyaculado unas treinta veces.

Cadwell se atragantó y el fino habano salió despedido sobre la mesa del despacho de la doctora.

—¿Que Martin eyaculó… treinta veces… seguidas? —tartamudeó.

Ruth desvió la mirada.

—Si alguien me hubiera asegurado algo así, le hubiera llamado embustero. Soy doctora en Medicina y Cirugía, perome he licenciado también en Genética, como tú sabes. Según mis conocimientos, es imposible que un hombre alcance ese número de eyaculaciones continuadas. Por desgracia, es verdad. Yo misma pude comprobarlo, ante la insistencia de Hyer. La autopsia me permitió, luego, advertir que sus órganos genitales habían sufrido una inquietante transformación, como consecuencia de la asombrosa actividad sexual. Ahora ya sabes cuál fue la causa de la muerte de Thomas Martin.

Callaron.

Frank había recuperado su cigarro y mordisqueaba, perplejo, la punta.

Miró a Ruth. Comprendía el embarazo de la joven doctora Sheferian. Una guapa pelirroja de veinticuatro años, soltera, y que, al parecer, no poseía apenas experiencia en la relación con el sexo masculino.

—Es asombroso —murmuró al fin. Parecía que Cadwell hablara consigo mismo—. Cuando me hiciste venir al hospital, cuando escuché a Tom… ¿Recuerdas sus locas frases? Ellos estuvieron aquí… Habló también de una mujer. Dijo: *Ella era fascinante… Mil veces bella… Sus ojos parecían oro bruñido… Y su cuerpo… algo tan maravilloso y perfecto*

como jamás hubiera soñado... Llegó hasta mí, me acarició. Me rendí...

Ruth asintió con el gesto. Pero permaneció silenciosa, con la vista fija en el panel luminoso del techo.

—¿Crees que Martin sufrió un delirio, como consecuencia de la fatiga? —preguntó el coronel.

—No lo sé —respondió la doctora, abstraída. Y añadió—: Cuando Hyer me guio hasta su cabina, percibí una extraña sensación. Incluso me volví cuando me inclinaba ya para observar a Martin. Tenía la sensación de que varias personas me observaban. Sin embargo, no vi a nadie. En la cabina, en ese momento, sólo estábamos la enfermera Hyer, Tom Martin y yo.

—Sigue —pidió Frank, profundamente interesado.

—¿Qué más puedo decirte? Era una sensación molesta como... Como cuando un desconocido lee en tu periódico trasde ti. Había una atmósfera cargada, saturada de magnetismo..., ¡no sé cómo explicarme! Susan Hyer, que es de ordinario una mujer serena y templada, también se mostraba anormalmente nerviosa. Ella misma me lo advirtió.

Inquieta, se retorció las manos y miró a Cadwell fijamente.

—¿Qué piensas tú de todo esto? —quiso saber.

Cadwell aplastó el cigarro sobre un cenicero de cristal.

—¿Qué puedo decirte? Es algo... intranquilizador. Veamos: en primer lugar, el reactor uno deja de producir energía... sin que hayamos encontrado una explicación razonable hasta ahora. Luego, la escalofriante muerte del pobre Tom...

Ruth se puso impulsivamente enpie.

—Frank, ¿no se te ha ocurrido pensar que las palabras de Tom fueran algo más que el producto de un delirio? —exclamó, insegura.

También el coronel se incorporó.

—¿A qué te refieres exactamente?

—La frase que Martin repetía de forma obsesiva: *Ellos estuvieron aquí.*

—Fantasías, Ruth. La Base Experimental cuenta con sofisticados equipos de seguridad que impiden de forma muy eficaz la intrusión en

las instalaciones de cualquier extraño. Mi *Security Group* está formado por hombres escogidos muy hábiles y capacitados, conscientes de la importancia de su función.

Cadwell encendió un nuevo cigarro.

—Por otra parte —continuó—, hemos comprobado exhaustivamente que este planeta está deshabitado…

—Pero la estación de seguimiento ha detectado en diferentes ocasiones la presencia de cuerpos extraños, de considerable volumen, en la atmósfera de Marte… —observó la doctora Sheferian.

—Es cierto. Pero ninguna de las alarmas tuvieron resultado positivo —opuso Frank—. En dos ocasiones, se trataba de otros tantos bólidos que se estrellaron contra la superficie de Marte. Admito que en otros casos no pudimos explicarnossatisfactoriamente la detección por el radar de tres objetos de cierto volumen, pero… la alarma pudo deberse a simples fenómenos atmosféricos.

Ruth se cruzó de brazos.

—Según tú, todo está en orden. A pesar de lo cual, un hombre ha muerto en circunstancias que no tienen explicación. Lo siento, Frank, pero confieso que yo misma me siento muy inquieta.

Cadwell sonrió.

—Tú eres la primera autoridad en Medicina de la base. Sin embargo, me atrevería a aconsejarte que tomes un sedante y te vayas a descansar. Comprendo tu estado de ánimo después de la muerte de Martin. Ve a acostarte. Cuando despiertes te sentirás mejor —aconsejó a la mujer.

Pero Ruth le detuvo con un gesto.

—Olvidé decirte algo, Frank. Cuando realizaba la autopsia del cadáver de Martin, observé que su mano derecha estaba firmemente cerrada. Tras el rigor mortis, me resultó muy difícil abrir sus dedos, pero finalmente lo conseguí. Esto fue lo que encontré en su mano.

Cadwell tomó, con estupor, la gruesa piedra facetada.

La observó con atención. Parecía un diamante negro, una durísima piedra de brillo opaco y denso.

—¿Qué es esto? —preguntó, perplejo.

CAPÍTULO II

El fenómeno había tenido lugar seis meses atrás. Es decir, en pleno invierno del planeta Marte.

La escasa cantidad de agua del planeta se había congelado sobre los Polos y el resto de la superficie de Marte aparecía por entonces árida y helada, cuando los termómetros exteriores de la Base Experimental llegaban a alcanzar temperaturas de hasta cincuenta grados bajo cero.

Ocurrió en la noche del 9 de diciembre. En las instalaciones de la base el personal descansaba ya, a excepción de los vigilantes del *Security Group*.

De repente, se produjo una gran conmoción.

Los sistemas de telecomunicación, los de seguimientos y medida y los meteorológicos parecieron volverse locos como por arte de brujería.

Don Fletcher, oficial del Grupo de Seguridad, advirtió que la radio y la televisión dejaban de funcionar.

En aquel momento, a través de las altas cúpulas de plástico transparente que coronaban la base penetró un resplandor vivísimo. Tan potente que hería los ojos.

Fletcher buscó apresuradamente unas gafas oscuras especiales. A través de sus cristales, casi opacos, pudo ver que un cuerpo celeste que emitía luz deslumbrante cruzaba a enorme velocidad la ligera atmósfera de Marte.

Inmediatamente se produjo el segundo fenómeno inexplicable: todos los objetos metálicos de la base comenzaron a vibrar con gran potencia. Era una vibración inquietante, como si aquellos utensilios hubieran tomado de repente vida propia.

Grupos electrónicos, motores, conducciones de agua, equipos de aireación, muebles, pequeños objetos metálicos... comenzaban a deslizarse por sí solos. Al principio, aquel movimiento era lento e irregular, pero a medida que aumentaba aquel horrísono zumbido que provenía del exterior, todo lo que era de consistencia metálica, se deslizó sobre el pavimento y rodó con gran estruendo hacia un determinado lugar de la base.

Precisamente hacia el sur, por donde acababa de aparecer el vivísimo cuerpo celeste.

Los objetos metálicos de escaso peso se elevaban en el aire, silbantes, e iban a estrellarse con fuerza contra los muros situados al sur, donde quedaban tan firmemente adheridos que ni un titán hubiera conseguido arrancarlos de allí

Dominado por el pavor, Don Fletcher corrió hacia la cabina del coronel Cadwell, esforzándose en esquivar la lluvia de objetos metálicos que silbaban por todas partes.

Algo le alcanzó en el rostro y Fletcher cayó a tierra, arrojando borbotones de sangre por nariz y boca.

Allí le encontró minutos después Frank Cadwell, a quien el estrépito provocado por el raro fenómeno había despertado unos segundos antes.

El caos se había desatado en las instalaciones de la Base Experimental. Era imposible alertar rápidamente a todos los hombres y mujeres de servicio, puesto que la radio no funcionaba.

Por otra parte, la mayoría permanecían en el interior de sus cabinas, aterrados, muertos de espanto.

Cuando Cadwell llevaba en brazos a Fletcher en dirección a la enfermería, tropezó con Ruth Sheferian, una de las pocas personas que logró superar el íntimo pánico.

Entre los dos, consiguieron arrastrar a Fletcher hasta el hospital. La cura de urgencia a que le sometieron fue por demás dificultosa: el material quirúrgico y sanitario —piezas de acero, en su mayoría— había sido arrebatado de los armarios por aquella poderosa fuerza y proyectado como temibles proyectiles contra los muros orientados al sur.

En realidad, sólo los más pesados aparatos anclados al suelo o a los muros, permanecían en su lugar correcto.

Como pudo, Ruth inyectó un coagulante ligero a Fletcher y, auxiliada por Frank, restañó y desinfectó las heridas del oficial de Seguridad.

En aquel momento, se oyó en el exterior una potentísima explosión. Un ancho semicírculo anaranjado brilló en el horizonte, siempre hacia el sur.

Las entrañas del planeta se conmovieron. Ruth y el coronel cayeron a tierra y permanecieron allí, aturdidos, durante largos minutos.

Al fin, la insoportable trepidación cesó y ambos consiguieron incorporarse. Miraron a través de los gruesos ventanales con avidez y comprobaron que enormes masas de fuego se alzaban aún en el confín del horizonte.

—Un bólido —murmuró Frank Cadwell, sorprendido por la potencia del fenómeno.

—Algo horrible, semejante al Apocalipsis —susurró Ruth, temblando de espanto.

Cadwell, sin embargo, no parecía demasiado impresionado. En el fondo, ¡era siempre tan frío y hermético…!

Cuando se convenció de que las heridas de Fletcher carecían de gravedad, Frank abandonó el hospital.

—Voy a reunirme con los del Grupo de Seguridad. Parece que la atracción magnética ha cesado un tanto —dijo.

Ruth tembló. Sentía pánico en la oscuridad. Sobre todo ahora que Frank Cadwell se alejaba de ella.

El coronel tenía razón. El magnetismo había menguado. Desde las alturas caían los objetos metálicos, estrellándose con gran estruendo sobre el pavimento aislante de las instalaciones.

La luz volvió en aquel momento. Bruscamente. Potentes chorros de luz iluminaron con claridad el caos desatado sobre la Base Experimental.

Saltando por encima de muebles y montones de utensiliosdesparramados por doquier, Frank alcanzó el centro de vigilancia.

Dos de los componentes del Grupo de Seguridad habían sido alcanzados por verdaderos proyectiles férreos y sus compañeros trataban de prestarles los primeros auxilios.

—Llevadles al hospital. Parece que el peligro ha pasado —dijo el coronel.

—La radio no funciona, coronel —avisó Adam García, suboficial del *Security Group*.

Era cierto. Cuando, minutos después, Frank trató de utilizar su emisor para enviar un aviso al personal de la base, tuvo que desistir de hacerlo tras varios intentos inútiles.

En el *First Nucleus* o corazón electrónico de la base, desde donde se regía matemáticamente el funcionamiento de todos los sistemas, las agujas giraban locamente en los diales de los aparatos de medida, varios termómetros habían estallado y la radio y la televisión habían dejado de funcionar.

Todo estaba callado, silencioso. Apenas se oía el silbido familiar de la unidad de aireación de emergencia, que entraba en servicio automáticamente cuando algo fallaba en el *First Nucleus*.

Durante las horas siguientes, el coronel Cadwell y su Grupo de Seguridad trabajaron sin descanso para poner un poco de orden en la confusión provocada por el desconocido fenómeno celeste.

Luego, poco a poco, el personal de la base fue abandonando sus cabinas. Aparecían en los pasillos con expresión medrosa y desconfiada. El pánico había dejado su huella en aquellos rostros, ahora macilentos y demacrados.

—Hablad con ellos, tranquilizadlos. Y luego indicadles que deben reunirse todos en la sala de conferencias. Yo les hablaré, les explicaré como pueda lo que acaba de ocurrir —ordenó el coronel a los hombres del *Security Group*.

Sin embargo, el propio Cadwell se sentía trastornado. Era capaz de controlar su miedo y su inquietud, pero no podía negar que se sentía hondamente preocupado ante la marcha de los acontecimientos.

Por ejemplo, David Richards, ingeniero de telecomunicaciones, se presentó al coronel minutos después.

—Inexplicable —dijo—. No hay avería en la central de telecomunicaciones. Mis hombres y yo hemos inspeccionado escrupulosamente los circuitos y todo aparece en orden. Sin embargo, resulta imposible comunicarnos con el mando estratégico terrestre. Por supuesto, tampoco funciona la radio ni el teléfono en el interior de la base.

Cadwell sacó un habano y, con los dientes, le cortó furiosamente la punta.

—¡Ese maldito pedrusco...! —gruñó. Y Richards comprendió que se refería al bólido que tres horas antes se había estrellado contra la

superficie de Marte.

Los relojes se habían detenido. Desde el sofisticado cronómetro solar del *First Nucleus* hasta los más sencillos relojes de pulsera. Todos marcaban exactamente la misma hora: las dos horas diecisiete minutos del día 9 de diciembre.

—Traedme a Harris —pidió el coronel.

Cam Harris era el meteorólogo de la Base Experimental, un experto de unos cuarenta años, de raza negra.

Harris se presentó al coronel diez minutos después. Le habían encontrado en el hospital, donde la doctora Sheferian acababa de coserle una herida en el mentón de cinco centímetros de longitud.

—¿Cuál es tu opinión, Cam? —le preguntó Frank, después de interesarse por su estado.

—Corrí hacia el observatorio en cuanto me desperté y pude percibir la potente vibración. Traté de seguir la marcha de ese bólido a través de un telescopio manual. La luz era tan fuerte que me impidió mirar. Luego… sentí un tremendo golpe en el mentón y perdí el conocimiento. Debió ser uno de los objetos metálicos que tenía sobre la mesa próxima. Por fortuna, alguien penetró en el observatorio y me llevó al hospital. En cuanto al fenómeno, no sé qué decir… Debe tratarse de un aerolito de colosal masa, a juzgar por los efectos magnéticos que se han registrado en la base. Creo que debovolver al observatorio. Trataré de calcular su volumen, el ángulo de caída y el lugar donde se ha estrellado. Iré a verte en cuanto tenga datos concretos, Frank.

—¿Te sientes bien? —se interesó Cadwell.

—Desde luego. Te buscaré en cuanto haya llegado a alguna conclusión.

Cuando se alejaba Harris, llegó el esbelto Adam García.

—A excepción de los heridos, del meteorólogo Harris, la doctora Sheferian y los componentes del *Security Group,* todos se han reunido en la sala de conferencias. Cuando usted quiera, coronel Cadwell…

Poco después, Frank dirigía una ojeada a los asustados rostros de las ciento noventa personas que se reunían en el local de la asamblea.

Su charla fue breve y concisa. Explicó que un bólido de considerables proporciones había penetrado en la atmósfera de Marte,

provocando perturbaciones en los sistemas electrónicos. La gran masa del aerolito se había estrellado en algún lugar indeterminado, pero la base no había sufrido otros desperfectos que los causados por el potente fenómeno magnético.

—No disponemos de comunicaciones a distancia por el momento, pero en cuanto las circunstancias sean propicias, intentaremos resolver ese problema. Entretanto, todos permaneceremos reunidos, a excepción de los encargados de los servicios indispensables. La situación, por ahora, no es de extrema emergencia. Aconsejo a todos serenidad. No ha ocurrido nada que no tenga solución en breve plazo —terminó.

Su expresión relajada, su voz potente y mesurada y la eficacia de sus ademanes llevaron un soplo de tranquilidad a los espíritus de las personas que le escuchaban.

Poco después, todos cambiaban comentarios más o menos excitados entre sí, pero el pánico se había esfumado y todos se sentían mejor tras la breve charla del coronel Cadwell.

Desde la sala de conferencias, Frank se trasladó rápidamente al observatorio.

Cam Harris observaba algo a través de un telescopio manual. Cuando escuchó los pasos del coronel, se volvió a mirarle y dijo:

—Eche una ojeada.

Frank tomó asiento, elevó el aparato y miró con cierta ansiedad.

Desde la elevada cúpula del observatorio se dominaba una gran extensión de terreno en un área de unos treinta kilómetros de radio. Pero a través de las lentes del telescopio, la visión era aún más precisa y dilatada.

Lo que veía era una gran masa de nubes de humo que se elevaban hasta unos dos mil metros de altura. Era una columna ígnea de grandes proporciones, de cuya base surgían continuamente enormes llamaradas.

La humareda brotaba de una amplia hondonada de unos tres mil quinientos metros de diámetro.

—¡Esa pavorosa depresión! —exclamó Frank, impresionado.

—Ha sido la producida por el aerolito —respondió el meteorólogo —. Eso puede darnos una idea de la inmensa masa del cuerpo celeste

que se hundió en ese mismo lugar a las dos horas treinta y siete minutos de esta madrugada.

—Es... sobrecogedor. ¿Y ese humo, las llamaradas?

—La energía liberada por la fricción está en proporción con la masa del bólido —le informó Harris—. Los minerales y metales que forman el núcleo debieron alcanzar el punto de fusión. Supongo que el calor desprendido tardará varios días en extinguirse.

—¿A qué distancia está? ¿Veinte, veinticinco kilómetros?

—Veintiocho kilómetros exactamente. He realizado algunos cálculos estimativos... Hum. Aquí están —Harris le mostraba una hoja —. Según la depresión provocada por el choque, el cuerpo celeste debe medir unos dos mil ochocientos metros de diámetro. La simple observación permite establecer que su forma es redondeada. En cuanto a su grosor, basta tener en cuenta la depresión formada, la densidad de la temperatura de Marte y sus dimensiones exteriores, para calcularunos seiscientos metros. En realidad, yo diría que tiene la forma aproximada de una enorme lente.

—Peso...

—Sólo puedo darte una aproximación estimativa... Quizá tres billones de toneladas.

—¡Tres billones de toneladas! —se maravilló el coronel.

—Cuando mis aparatos entren en funcionamiento podré ofrecerte datos más concretos. Entre tanto...

Cadwell abandonó el observatorio meteorológico. Continuamente consultaba a los ingenieros electrónicos, pero la respuesta era siempre la misma.

—No existe avería. No alcanzamos a explicarnos el fenómeno.

Cadwell ardía en deseos de trasladarse al lugar donde se había estrellado el colosal aerolito. Necesitaba ver, explorar, inspeccionar, saber...

Por desgracia, las veloces y prácticas aeronaves «Tracer» que solían emplear para recorrer el planeta, poseían unos complicados mecanismos electrónicos..., que se negaban sistemáticamente a funcionar.

Lentamente transcurrieron tres días. Desde el observatorio,

Cadwell podía ir comprobando cómo la gran masa del aerolito iba enfriándose de modo progresivo.

Luego, de repente, al cuarto día, comenzaron a funcionar todos los sistemas de la Base Experimental. Primero acusaron una señal leve de reactivación. Y pocas horas después, las comunicaciones se habían restablecido por completo y el coronel Cadwell enviaba un informe urgente a la Tierra.

Frank imaginaba cuál iba a ser la respuesta del general Lee Hopper. Y no se equivocó.

—Fotografíen ese aerolito, filmen toda su superficie de la forma más clara, tomen muestras de su masa, analicen…

Aquella misma tarde, dos aparatos «Tracer» abandonaron la base y volaron a escasa altura hasta las proximidades de la hondonada «December», como el propio coronel Cadwell había bautizado el accidente geográfico provocado por el enorme aerolito.

La masa del cuerpo celeste no se había enfriado por completo: Cam Harris pudo medir en su redondeada superficie —oculta bajo una gruesa capa de polvo y cenizas— una temperatura superior a trescientos grados centígrados.

La visión desde el borde de la hondonada era apocalíptica. Las rocas del subsuelo, comprimidas por la tremenda colisión, se habían fundido y formaban ahora brillantes crestas vítreas de un intenso color rojizo que despedía destellos a la luz del sol.

El bólido se había hundido en las entrañas del planeta hasta una profundidad de novecientos cincuenta metros, lo que había producido un hondo anfiteatro de casi medio kilómetro de fondo por tres de diámetro.

De la masa sideral oculta bajo el polvo negruzco brotaban de vez en cuando fumarolas densas que se resolvían en una sorda explosión capaz de alzar a más de doscientos metros ciclópeos fragmentos de roca negra, brillante.

De aquellos agujeros surgían gases silbantes a gran presión que se inflamaban apenas surgidos a la superficie y estallaban en flamígeras bolas de fuego que rápidamente se volatilizaban en la atmósfera de Marte.

El equipo que se había desplazado hasta la hoya «December» filmó miles de metros de película y realizó fotografías en color desde

todos los ángulos, mientras los analistas tomaban muestras de los fragmentos que brotaban fuera de la hondonada e incluso analizaban los gases que surgían silbantes de la desmesurada masa pétrea venida del espacio remoto.

Pronto, el equipo descubrió que de la enorme roca surgían emanaciones radiactivas peligrosas. Por fortuna, todas las personas que integraban el equipo de exploración se protegían con trajes especiales, a prueba de radiaciones.

La mayor parte de la gran masa parecía formada por aquellos grandes bloques de brillante roca negra, semejante a la mica. En realidad, según pudo establecerse más tarde, aquella piedra negra no era sino cristal, vidrio cristalizado a altísimas temperaturas, una especie de piedra preciosa natural, tan dura como el diamante.

Cuando el equipo regresó a la base, cada uno de sus integrantes tuvo que someterse a severas medidas para evitar la contaminación por radiaciones.

Dos días más tarde, un completo informe fue enviado a la Tierra. La respuesta del mando estratégico de operaciones espaciales, se concretó de forma tajante en las palabras del general Hopper:

—Olvídense de la hondonada «December». Las órdenes son estrictas: nadie debe aproximarse a ese lugar hasta nueva orden. En la base se extremarán las precauciones para evitar la contaminación por radiaciones.

Eso fue todo.

Cumplidas las órdenes, restablecida la vida rutinaria sin complicaciones en la Base Experimental, todos se olvidaron del incidente ocurrido el día 9 de diciembre.

Y ahora…

Ahora Frank Cadwell contemplaba ensimismado aquel trozo de cuarzo negro bellamente facetado.

—No lo comprendo —dijo.

—No comprendes, ¿qué? —preguntó Ruth.

—Cómo Tom Martin consiguió llegar hasta allí para tomar este hermoso pedrusco. Tom era un hombre sensato. Sabía que era muy peligroso acercarse a las inmediaciones de la hoya «December», a todos nos está prohibido visitar ese lugar. Aparte de la prohibición en

sí, me pregunto cómo pudo trasladarse hasta allá. Ningún vehículo ha abandonado la base en los últimos quince días. Por otra parte, es absolutamente imposible trasladarse hasta allí a pie. ¿Quién puede explicarlo?

CAPÍTULO III

—El equipo de exploración tomó unas muestras, ¿no? —dijo la doctora Shepherian—. Es posible que Tom encontrase dentro de la base ese pedazo de cuarzo.

El coronel denegó con la cabeza.

—Imposible —pronunció—. Las muestras fueron enviadas a la Tierra en el último viaje del *Spaceray*. Fue preciso protegerlas en un grueso estuche de plomo, pues seguían emanando radiaciones peligrosas.

Ruth se frotó, nerviosa, los párpados.

—Un hecho es cierto: Tom abandonó por varias veces la base para visitar el generador Uno. Quizá, en una distracción de sus ayudantes, consiguió escapar hacia la hondonada «December» en uno de los vehículos a orugas.

—Me ocuparé de comprobarlo. Pero antes...

—¿Qué...?

Frank sopesó la piedra en su mano.

—Esta maldita roca facetada pudo ser la causa de la muerte de Martin. ¿Olvidas que los fragmentos del bólido despiden radiaciones...? Es posible que tú y yo estemos contaminados ahora —respondió.

—¡Frank...! —gimió ella.

Y se arrojó impulsivamente en los brazos del hombre.

Por primera vez, el coronel pareció reparar en lo que tenía entre sus brazos: el cuerpo de una mujer avasalladoramente hermosa, pujante, atractiva y plena de vida.

Sus ojos azules se clavaron en los de la doctora Shepherian y luego bajaron y contemplaron el jadeante y voluminoso busto de la mujer.

Durante unos segundos, Ruth vio brillar el deseo en los ojos del coronel Frank Cadwell.

Va a... besarme, imaginó, turbada.

Si, en verdad, Frank llegó a sentir tal tentación, logró superarla, porque en seguida soltó a Ruth, carraspeó y dijo:

—Voy al laboratorio. Es preciso comprobar si esta piedra emite radiaciones. Y si es cierto, disponte a tomar las medidas necesarias. Porque tú y yo podríamos morir, Ruth.

Ella dejó caer los brazos desmayadamente. La decepción más profunda se apoderó de ella.

No pensaba en el peligro de muerte que en aquel instante podría estar corriendo. ¡Le hubiera gustado tanto que el coronel Cadwell se hubiera dejado llevar por sus más elementales impulsos...!

De todas formas, cuando Cadwell desapareció, Ruth utilizó el interfono para ordenar que trajesen al hospital la cámara contra radiaciones.

Frank volvió pocos minutos después. Traía en la mano la piedra negra de Tom Martin y su expresión se había relajado.

—Es extraño —dijo, como si hablase consigo mismo.

—¿Qué es lo extraño? —preguntó ella, un tanto violenta.

—Esta piedra no emite radiaciones. Según Harris es inofensiva. La ha puesto en el medidor Geiger y el resultado ha sido absolutamente negativo —respondió.

—Un bello motivo para estar alegres —opinó ella.

Pero el semblante bronceado del coronel no expresaba la menor alegría.

—Vine para advertirte que no hay peligro. Eso es todo —dijo él. Y se marchó, murmurando entre dientes—: Es extraño...

Ruth Sheferian se dejó caer en una silla.

«Es inútil —pensó—. Jamás lograré conmover a ese pedazo de hielo llamado Frank Cadwell.»

Había sido una soberana tontería enamorarse de aquelhombre. Dentro de ocho meses terminarían los dos años de servicio en la Base Experimental. Entonces, los doscientos integrantes de la dotación serían repatriados a la Tierra. Cada uno marcharía por un lado y no volverían a verse, posiblemente. Y quizá ésta fuera la mejor solución.

Pensó en Cadwell. ¿Por qué aquel perenne rictus de amargura en su enérgico y atractivo semblante? Frank se esforzaba en disimular sus más íntimos sentimientos, sin conseguirlo por completo.

Entre la dotación de la Base Experimental corrían rumores. Según éstos, Cadwell se había casado en Los Angeles al regreso de su dilatada estancia en el planeta Tildrich.

Su esposa era Diane Kendall, una rutilante estrella de cine y televisión: ¿Era ésta la explicación de que Frank se pasase las horas muertas en su cabina contemplando en la televisión programas enlatados de los que suelen servirse en las más lejanas bases norteamericanas...?

Alguien aseguraba que Diane Kendall sólo había sido fiel al coronel Cadwell *durante las primeras veinticuatro horas.*

Pero Frank era suficientemente hombre como para no convertirse en un individuo amargado, aunque el motivo fuese la probada infidelidad de su esposa.

Habían transcurrido cuatro años. Tiempo suficiente para que Cadwell olvidase a la veleidosa estrella y rehiciese su vida.

¿Por qué no se había separado de Diane Kendall? Ruth había podido comprobar que, periódicamente, Frank seguía recibiendo noticias confidenciales desde la Tierra, relacionadas con su esposa.

No sólo no se había divorciado de ella, sino que además le rendía una fidelidad absoluta.

No había que engañarse: en la Base Experimental de Marte las relaciones entre hombres y mujeres se distinguían por la más discreta libertad. No había un solo matrimonio. Había algunas personas casadas, pero la mayoría eran solteras.

Y los casados no tenían con ellos a sus esposas, puesto queno todas las personas son útiles para desarrollar un servicio en el espacio exterior.

La disciplina de la base sólo exigía una actitud correcta en público. Dentro de sus cabinas, y en las horas libres de servicio, cada cual podía hacer lo que le viniese en ganas. Esto quería decir que Smith invitaba a tomar una copa a Glynnis Brown... en su cabina. Y todo lo demás puede adivinarse fácilmente.

En la base, nadie pasaba de los cuarenta años de edad. Eran jóvenes y procuraban gozar de esa juventud, porque también eran

conscientes de que su destino en Marte entrañaba considerables riesgos.

Había dos excepciones, sin embargo. Una de ellas era la doctora Sheferian. Por supuesto que había recibido numerosas y discretas proposiciones masculinas, pero no había atendido una sola de ellas.

Ruth podía ofrecer una explicación: estaba enamorada de Frank Cadwell y tenía la remota esperanza de que él, un día, se detuviese a mirarla con interés personal.

La otra persona que no tenía relaciones con el sexo contrario era el coronel Cadwell. ¿Pero por qué, puesto que era joven, atractivo y sano?

—Es estúpido pensar en él —decidió Ruth, poniéndose impulsivamente en pie—. Frank nunca verá en mí otra cosa que la doctora Sheferian.

Se cambió la bata por su ropa habitual, se contempló en un espejo y abandonó el hospital.

Cosa extraña, después de la prolongada y dramática jornada que había terminado con la incineración del cadáver del pobre Tom Martin, no se sentía cansada. Por el contrario, una leve excitación la impulsaba a dar pasos que jamás habría dado en situación normal.

Pasó por el comedor, eligió un menú ligero y cenó en su cabina. Terminada la cena, se levantó de repente y se sirvió tres dedos de whisky. Probó un sorbo y la sangre ardió en sus venas literalmente.

—Cualquier día, un enorme pedrusco como el de la hondonada «December» se abatirá contra la base y todos moriremos aplastados como cucarachas. O tal vez las radiaciones acaben con nosotros. O el planeta estallará en mil pedazos. Y mi vida sólo habrá sido una existencia anodina, gris y estéril. ¿Vale la pena todo esto?

Sus íntimos razonamientos y el efecto del fuerte licor le hicieron concebir en seguida audaces planes.

—Si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma irá a la montaña —pronunció con los ojos brillantes.

Terminó el whisky, se retocó los rojos cabellos ante un espejo ovalado y abandonó su cabina.

El corazón le golpeaba en el pecho cuando caminó a lo largo del pasillo.

¿Cómo sería la cabina del coronel Cadwell? Ruth jamás había estado allí y trataba de imaginarse aquella estancia.

Sus pies se detuvieron. Estaba ante la cabina de Frank Cadwell.

«Ahora o nunca», pensó. Cuadró los hombros, elevó el mentón y pulsó el timbre de llamada.

La puerta se abrió, impulsada por el mecanismo eléctrico.

Entró.

Allí estaba Frank, sentado en un cómodo sillón metálico, con el vaso de whisky en la mano derecha, un marco en la izquierda y el eterno habano sostenido por los blancos y fuertes dientes.

La amplia cabina reflejaba la personalidad de su sueño: todo era masculino allí, desde el color tabaco de las paredes, hasta el estilo de los muebles que componían la estancia.

Todo… menos la fotografía enmarcada en plata que Frank contemplaba con gesto abstraído.

Era el rostro de una mujer, de una mujer muy hermosa. Era la fotografía de Diane Kendall.

Frank apartó los ojos de la foto y clavó su mirada en la doctora Sheferian.

—Ah, eres tú, Ruth… Adelante, siéntate. Te serviré unacopa —dijo él. Manipuló en su *kit* y la puerta se cerró suave y herméticamente.

Ruth se quedó mirando un momento a la puerta como si pensase «¿No habré ido demasiado lejos?»

Sin embargo, la expresión del coronel era rutinariamente amable, casi indiferente. Se mostraba cortés con Ruth como se hubiera mostrado con cualquier otro de los individuos que prestaban servicio en la Base Experimental de Marte.

Se sentó en el sillón que Frank le ofrecía. De cerca, pudo observar que los ojos del hombre brillaban desacostumbradamente y su broncínea faz estaba cubierta por diminutas gotitas de sudor. No estaba borracho, pero era evidente que había bebido bastante.

Frank le ofreció un vaso de whisky con hielo y cigarrillos. Fumaron en silencio y bebieron.

Sólo con el ánimo de romper la forzada pausa, Ruth señaló la foto que él había dejado sobre una mesita próxima y preguntó:

—¿Algún familiar?

Fue perceptible la crispación de los músculos faciales del hombre.

—Es... mi esposa —dijo. Y la miró fijamente—. ¿No sabías que tengo una esposa?

Apuró el contenido de su vaso y se sirvió un largo chorro de whisky, sin hielo.

—Sí, algo oí decir, pero...

—Era muy bella, sofisticada y elegante —declaró él, con voz lejana—. Una famosa estrella de cine, una mujer codiciada, de la que me enamoré perdidamente. Me casé con ella pocas semanas después de conocernos.

Bebió un nuevo trago. Y declaró con rabia:

—La sorprendí en la cama con otro hombre. En seguida. Al día siguiente.

Ruth tragó saliva. ¿Qué decir? «¿Lo siento?» o «¡Qué desgracia!» Finalmente optó por permanecer callada.

—Era una devoradora de hombres —siguió él, ronca lavoz—. Necesitaba un macho distinto cada semana, cada día, ¿comprendes?

Ruth permaneció en silencio. ¡Se sentía tan violenta...!

El coronel Cadwell volvió a beber. Aplastó el cigarro sobre un cenicero y encendió otro.

El silencio entre ambos se tornó tan espeso y agobiante, que finalmente Ruth se atrevió a romperlo.

—Siempre te refieres a ella en pasado, Frank. ¿Es que ha muerto recientemente?

Cadwell la miró fugazmente.

—Para mí es como si estuviera muerta... ¡Pero no, no, ella vive aún! Si pienso en ello con sensatez, entiendo que para ella la muerte sería lo mejor, lo más piadoso, si puedes entenderme —dijo.

Ruth bebió un sorbo del frío licor.

—Lo siento, Frank; no comprendo…

La expresión de Cadwell se tornó tempestuosa. Ruth jamás había contemplado aquellas profundas arrugas, el rictus de amarga y fiera desesperación que ahora fruncía sus anchos y gruesos labios.

—Yo te lo explicaré —respondió, tras una lenta cabezada—. El último amante de Diane fue Hardy Scala, un *gangster* que explotaba una cadena de prostíbulos…

Diane y Scala vivieron juntos dos tempestuosas y ardientes semanas. Al cabo, ella, tan voluble siempre, se cansó del *gangster* y escapó a México con otro amante, un joven actor de cine.

Pero ella no conocía bien a Hardy Scala. La noche en que regresó de su gira mexicana, Hardy estaba esperándola en su residencia de Sausalito.

No hubo muchas palabras. Pasado el primer momento de estupor, Diane comenzaba a recuperarse de la sorpresa, cuando Hardy se aproximó y rugió:

—¡Perra…!

Y vertió una botella de vitriolo sobre su rostro.

A los alaridos que brotaban de la garganta de la mujer, acudieron unos vecinos que contemplaron, horrorizados, lahorrible máscara en que se había convertido el bellísimo rostro de Diane Kendall por la acción del terrible ácido corrosivo.

—Fui a verla al hospital, dos días después —relató Frank, con amargura—, pero ella se negó a verme. En principio creí que su postura se debía al simple despecho, pero un médico me sacó de la duda…

Las lesiones en la cara de Diane eran tan profundas que ni la cirugía estética conseguiría rehacer sus facciones. Diane jamás recuperaría su belleza.

—Cuando le retiraron el vendaje, no había un solo espejo en su habitación y las enfermeras la vigilaban constantemente —siguió Cadwell—. Pero ya se sabe: siempre hay un momento de distracción y un día Diane contempló su rostro en el cristal de la ventana. Lo que vio era algo horrible: unas facciones deformadas, recorridas por gruesos costurones y cicatrices. En algunos lugares, la piel era tan delgada que casi podían verse los huesos. Creo que exhaló un agudísimo alarido y perdió el conocimiento. Poco después tuvieron

que internarla en un manicomio: se había vuelto loca.

—¡Dios mío…! —murmuró Ruth, impresionada.

—Nadie divulgó la noticia. Diane poseía una fortuna considerable y sus familiares consiguieron que nadie hablase del asunto… En cuanto a mí… Bien, había dejado de amarla algún tiempo antes.

—Es horrible, en verdad. Sin embargo, tú tienes derecho a rehacer tu vida, Frank. ¿Por qué no solicitaste el divorcio? Estoy segura de que ningún juez te lo hubiera negado.

Cadwell bebió un nuevo trago y lanzó una bocanada de humo al aire.

—En efecto, ningún juez me lo hubiera negado —admitió—. Es mi conciencia, mis remordimientos, lo que me impiden solicitarlo. No sé si lo comprenderás, Ruth… Creo que si yo hubiera disculpado su primer desliz, si la hubiera perdonado y protegido, tal vez las cosas hubieran ocurrido de forma diferente. Diane era como una niña. No poseía madurezni experiencia y se entregaba al amor como una mariposilla a la candente llama de una vela. Necesitaba protección, amor verdadero… Y yo, egoístamente, se lo negué todo.

Calló un momento y agregó:

—Esa es la razón de que siga unido por un lazo legal a Diane. Por eso no mantengo relaciones íntimas con ninguna mujer. Y así permaneceré hasta que Diane muera. ¡Ojalá Dios sea compasivo con ella…!

Ruth suspiró levemente.

—Es una decisión muy dura, muy difícil, Frank. Y en fin de cuentas, no creo que tú fueras culpable de su tragedia —dijo con fervor.

—No sé si estaré equivocado. Pero eso es lo que me he propuesto. Y lo cumpliré —respondió él, fija la mirada en el vaso de whisky.

La doctora Sheferian dio un último sorbo a su vaso y luego se incorporó y lo dejó sobre la mesa.

—Gracias por tu hospitalidad, Frank. Buenas noches —dijo finalmente.

—Buenas noches —respondió él sin mirarla. Y pulsó el *kit* que abría la puerta.

Ella se le quedó mirando un momento, como si fuera a decir algo. Pero luego dejó caer la mano que había elevado un momento en el aire y salió de la habitación.

CAPÍTULO IV

Ruth se incorporó, desnuda entre las sábanas.

¿Qué la había despertado? ¿El zumbido del timbre de la puerta, tal vez?

Una luz destelló en la oscuridad: el avisador luminoso de la puerta.

Sintió que un leve escalofrío la estremecía.

—Debo abrir —pensó, sin embargo—. A estas horas, sólo una persona puede venir a mi habitación. ¡Él!

Pulsó el *kit* y la puerta se abrió.

Desde el pasillo, una fosforescencia verdosa recortó en el marco una silueta masculina.

—¡Frank...!

Era un susurro cálido y anhelante el que había brotado de los labios de la mujer.

Sí, era él.

Ruth cerró la puerta y Frank avanzó despacio y le tendió los brazos.

Una llamarada de fuego recorrió el cuerpo desnudo de la doctora Sheferian.

—¡Frank, Frank, amor mío! —murmuró, enfebrecida.

Y le tendió los brazos apasionadamente.

El hombre buscó sus labios en la oscuridad y ambos se abrazaron estrecha y locamente.

—Al fin, Frank, al fin —susurró ella. Y se dejó llevar en alas de la voluptuosidad.

* * *

Abrió lentamente los párpados, celosa de romper el encantamiento que la mantenía en una especie de gozoso éxtasis.

Despertó poco a poco. Se sentía relajada y feliz.

Canturreando entre dientes, abandonó al fin el lecho y se metió bajo la ducha.

Frank se había marchado. Pero ahora, Ruth estaba segura: Frank era suyo. Quizá para siempre.

A la puerta del cuarto de baño estuvo a punto de caer, pues sus rodillas se doblaron.

En principio se preocupó. De repente se sentía tan cansada que apenas podía mantenerse en pie.

—No hay que preocuparse —se dijo—. Es la debilidad propia de una intensa noche de amor.

Tras la ducha, se sintió un poco más fortalecida aunque le dolía todo el cuerpo y, ante el espejo, su rostro aparecía macilento y sus ojos estaban marcados por profundas ojeras.

Sin embargo, su satisfacción íntima superaba con mucho su decaimiento físico.

Fue al comedor, se desayunó abundantemente y luego marchó al hospital.

Al salir de él, tropezó en el pasillo con Frank Cadwell. Al verle, su corazón se desbordó de profundo agradecimiento.

Y así, de la forma más natural, oprimió suavemente la mano del hombre, que parpadeó, asombrado, y pronunció en voz baja:

—Gracias, Frank.

Hubo un rápido fruncimiento de labios por parte del coronel.

—Gracias, ¿por qué? Sólo te ofrecí un whisky y un poco de mi triste historia —respondió.

Ruth se inmutó.

—¿Sólo un poco de whisky, Frank? De veras, no conocía tu vena de bromista —exclamó, aún entusiasmada.

—No sé a qué te refieres —respondió él, con voz fría.

Ella retrocedió, sorprendida.

—Supongo que te arrepientes de que lo que sucedió anoche. Tal

vez sientes remordimientos: tu promesa de mantenerte fiel a Diane hasta la muerte —exclamó Ruth, dolorida.

Pero Cadwell no estaba para muchas bromas.

—¿Quieres explicarme de una maldita vez? —exclamó, ya impaciente.

Ella escrutó, incrédula, las facciones del jefe de la base. Y luego echó una rápida ojeada a ambos extremos del pasillo.

—No puedo hacerlo aquí —murmuró, casi llorosa—. Por favor, ven conmigo a mi despacho del hospital.

Cadwell la siguió, perplejo.

Y cuando ambos estuvieron a solas en el despacho, Ruth se volvió a mirar al coronel.

—¿Por qué disimulas, Frank? —acusó—. No tienes nada de que acusarte. Por otra parte, yo no pienso exigirte nada. Tú me ofreciste una maravillosa noche de amor y yo te acepté libremente.

Cadwell pronunció una sorda maldición en voz baja.

—¿Que yo te ofrecí una noche de…? Ruth, siento ser tan crudo, pero debo pensar que estás delirando. Cuando abandonaste anoche mi cabina, grabé el informe diario y me acosté. En seguida me quedé dormido.

—Pero…, pero ¡no es posible! —sollozó la doctora Sheferian—. Tú llamaste a mi puerta, yo te abrí… Eras tú. Y luego…

El jefe de la base carraspeó. Parecía muy preocupado e incluso confuso.

—¿Había alguna luz en tu habitación, Ruth? —preguntó. Y al advertir que ella negaba, añadió—: En tal caso, *¿cómo puedes afirmar que fui yo quien entró en tu cabina?*

—¡Eras tú, tú! —gimió ella, desesperada—. ¿Cómo podría equivocarme? Te amo, Frank. ¿Lo oyes? ¡Te amo! Y sólo a ti podría abrir la puerta de mi cabina. Sólo podía entregarme a ti, ¿comprendes?

Frank se agitó, turbado.

Luego puso las puntas de los dedos de ambas manos sobre los hombros de la mujer, la miró a los ojos y declaró:

—Siento mucho tener que hablar así, Ruth. Pero ésta es la verdad: *yo no entré en tu cabina anoche.*

Ruth exhaló un grito, se separó de él, se dejó caer sobre un sillón y ocultó el rostro entre las manos.

Frank escuchó durante varios minutos sus profundos sollozos que conmovían los hombros femeninos.

Luego ella separó las manos e irguió el rostro con rabia y desesperanza:

—Si no fuiste tú..., ¿quién fue? —gritó, consternada.

Pero. Frank Cadwell no supo responder a la dramática pregunta.

* * *

Fueron unos días terribles, de íntima y constante zozobra.

Ruth, obsesionada, se repetía una y otra vez las mismas palabras.

—Si no fue Frank, ¿quién fue?

Se sentía mortalmente atormentada. En primer lugar, había perdido la virginidad que ella pensaba ofrecer al hombre que amaba. Es decir a Frank Cadwell, el día en que él quisiera tomarla para sí.

Por otra parte, debía confesarse que aquella noche había sido para ella de intensísimo placer... ¿Podía admitirse entonces que el placer sexual nada tenía que ver con el verdadero amor?

Todas aquellas ideas la trastornaban. Pero además una vez y otra se prometía que debía encontrar y desenmascarar al individuo que había penetrado en su cabina la noche anterior.

Mentalmente, Ruth había repasado las fisonomías de todos los hombres de la Base Experimental. Y se sintió profundamente desazonada al no encontrar a nadie con características físicas semejantes a las del coronel Cadwell.

¿Un extraño, un ser de otro mundo, un intruso...?

Su desastroso estado de ánimo de aquellos días se reflejó en seguida en su estado físico: sus facciones perdieron el color, sus ojos carecían del brillo habitual e incluso perdió algunos kilos de peso.

Pasaba las horas muertas recluida en el hospital, aunque ninguna atención la mantuviera allí.

En realidad, Ruth temía encontrarse con el coronel Cadwell. Algo en su interior le decía que Frank no había mentido... Y si, efectivamente, él no había entrado en su cabina aquella noche, Ruth podía imaginarse los pensamientos de Cadwell.

—Pensará que soy una mujer cualquiera, una perra que se ofrece al primero que penetra en su cabina. ¡Dios mío, qué vergüenza...!

Dos días más tarde, la central nuclear volvió a funcionar por sí sola. De forma inexplicable, su núcleo se reactivó y el generador Uno tornó a su función de producir energía.

Aquella misma noche, Ruth despertó sobresaltada en su lecho.

El zumbador de la puerta emitía incesantemente su aviso y la luz destellaba sobre el marco.

Un pensamiento fulgurante aterró a la mujer.

—¡Él...! ¡Otra vez!

No quería abrir, no franquearía la puerta a nadie. Esta vez no.

Pero también el testigo de su radio-emisor destellaba. Ruth apretó el botón de escucha.

--Por favor, doctora Sheferian: es preciso que salga. Se trata del ingeniero Richards. Su estado es de suma gravedad —pronunció una voz varonil.

Ruth se echó fuera de la cama y se vistió apresuradamente. Caminó hacia la puerta, pero se detuvo.

—¿Quién es usted? —preguntó a través del emisor.

—Don Fletcher, oficial de Seguridad —le respondieron.

Abrió la puerta con cierta precaución, pero se tranquilizó: en el pasillo estaban Fletcher y uno de sus hombres.

—¿Dónde está? —inquirió.

—¿Richards? Le hemos llevado al hospital. Mis hombres le detuvieron cuando trataba de abandonar la base.

—¿Qué le ocurre?

—Apesta a alcohol. En su cabina hemos encontrado tres botellas de ginebra... vacías. Cuando le llevaron al centro de vigilancia, el

ingeniero se debatía en un violento ataque de nervios. Tuvimos que sujetarle entre seis hombres y colocarle unas esposas para evitar que se hiciera daño o pudiera hacérselo a otros... Gritaba como un loco, y hablaba de cosas extrañísimas. Me temo que haya alcanzado el *delirium tremens,* doctora Sheferian.

—Está bien. Vayamos allá —decidió Ruth.

Cuando penetraron en el vestíbulo de acceso al hospital, unos chillidos agudísimos helaron la sangre en las venas a las tres personas que llegaban.

Ruth corrió hacia la habitación en que habían recluido a David Richards. Apartó a los dos hombres del *Security Group* que vigilaban a Richards y entró.

El aspecto del enfermo era pavoroso: encogido sobre sí mismo, con los ojos desorbitados y las facciones crispadas, el ingeniero era la viva imagen del pánico.

Su voz había cambiado. Su tono, habitualmente grave, algo ronco por el constante consumo de bebidas alcohólicas, se había tornado espectacularmente agudo.

—¡Allí, allí...! —chilló, aterrado—. ¡Hay miles, millones de ellos! Son como ratas, como pequeñas sabandijas peludas... ¡No los dejen aproximarse, que no lleguen hasta aquí! ¡Esos animalejos repugnantes...! Me han hecho beber tres botellas de ginebra. Yo no quería..., ¡se lo juro, doctora Sheferian! Yo no quería, pero ellos...

Su ataque convulsivo era de una violencia sin igual. Era lo clásico del *delirium tremens:* la persona afectada solía verbichos tales como ratas, cucarachas o engendros que sólo una mente desquiciada puede imaginar.

—Cálmese, Dave —susurró Ruth, acariciándole la sudorosa frente —. Tranquilícese. No hay tales bichos: sólo están en su imaginación. Ahora no tiene nada que temer. Yo le ayudaré.

Pero Richards se agitó furiosamente.

—¡Está loca, loca! —gritó con una grotesca vocecilla aguda—. ¡Dice que no hay bichos! Pero yo los he visto. Están aquí, ¡están en todas partes! ¡Hay miles de ellos! Me han mordido, han chupado mi sangre, me han enloquecido... ¡Debajo..., debajo de la cama!

Ruth se separó del lecho, entró en el botiquín y buscó apresuradamente una ampolla de insulina.

Cuatro hombres tuvieron que sujetar a Richards que, esposado y todo, se agitaba con fuerza increíble. Al fin, la aguja hipodérmica atravesó sus músculos y el líquido fue inyectado.

Poco a poco, el paciente fue calmándose. Con los ojos en blanco y una asombrosa rigidez muscular, permanecía retorcido sobre sí mismo como una criatura de pecho. Ruth pidió a Fletcher que le libraran de las esposas.

Frank Cadwell llegó en ese momento. Don Fletcher le puso al corriente del asunto y luego el coronel echó una ojeada a Richards.

—Volvió a beber, ¿eh? Nunca lo hubiera creído —exclamó—. Parecía curado.

—*Estaba* curado —puntualizó la doctora Sheferian—. Durante tres meses, Dave Richards se sometió voluntariamente a una cura anti-alcohólica. Ya no le apetecía el alcohol. El mismo me confesó que las bebidas alcohólicas le repugnaban, superado ya el tratamiento. La verdad: no logro entender por qué volvió a beber.

—¿Su estado es grave? —preguntó el jefe de la base.

—Sí —respondió Ruth—. Su pulso se ha disparado. Puede sufrir un colapso, si la insulina no acaba con la crisisetílica. De todas formas, pienso velarle durante el resto de la noche. Si fuera preciso, pediré ayuda a mis enfermeras.

En los ojos de Frank destelló una chispa de admiración.;

—Muy bien. Fletcher dejará a dos de sus hombres en el vestíbulo —desde la puerta se volvió—. ¿No quieres que me quede aquí, acompañándote?

Hubo una leve indecisión por parte de la doctora Sheferian.

—No, no, muchas gracias —respondió, un tanto violenta. ¿Cómo podría quedarse a solas con Frank después de…?—. Vete a descansar, Frank. Yo me ocuparé de todo. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió él.

Y se marchó.

Cuando quedó sola, Ruth se volvió hacia Dave Richards. El enfermo seguía en la misma posición, encogido sobre sí mismo, como un feto en su saco amniótico.

Puso un termómetro en sus labios, mientras le tomaba el pulso… ¡Ciento cuarenta pulsaciones por minuto!

La temperatura de Richards superaba los cuarenta y un grados.

—Tengo que hacer algo o su corazón estallará —pensó, atribulada.

Rápidamente se trasladó al almacén contiguo y comenzó a arrastrar un reanimador electrónico.

Sin embargo, cuando volvió junto al paciente, Richards estaba muerto. Su corazón había dejado de latir. La mitad izquierda de su rostro estaba terriblemente contraída.

Desesperada, Ruth enchufó el reanimador y aplicó los electrodos al pecho del paciente.

Se produjeron tres bruscas sacudidas, pero el corazón de Richards se había detenido para siempre.

A pesar de ello, Ruth insistió tercamente con el masaje cardíaco, realizado ahora de forma manual.

Algunos minutos después se detenía, exhausta y sudorosa.

Fue entonces cuando vio correr aquel hilillo de sangre desde el cuello del hombre.

Acercóse y examinó, intrigada, la pequeña herida. Vio las huellas de unos finos colmillos.

«Parece la dentellada de una rata», pensó, espeluznada.

La herida era reciente, pues el hilillo de sangre era fresco.

—¿Cómo es posible que yo no viera esa herida la primera vez que reconocí a Dave? —se preguntó.

Con ademanes un tanto temblorosos, desnudó por completo el cadáver.

Sorprendida y aterrada, descubrió nuevas mordeduras en el cuerpo del desventurado Richards.

Mordeduras en las muñecas, en los tobillos, en las ingles… En aquellas heridas la sangre se había coagulado ya. Es decir, eran mordeduras anteriores.

En aquel momento, Ruth se agitó de un brinco… ¡Algo había rozado sus piernas…!

Apenas pudo reprimir el chillido de pánico que ascendía vibrante a sus labios.

Retrocedió. Y sus ojos, espantados, miraron bajo el lecho.

Nada.

Se arrodilló, escrutó bajo la cama, pero allí no había ninguna… rata.

Sus labios temblaron.

—¡Dios mío…! —gimió—. ¡Es todo tan… horrible!

Descansó un momento contra el muro más próximo y se pasó una mano por la sudorosa frente.

Al fin, separó la mano y dirigió una ojeada al cadáver.

Su faz se tornó lívida… ¡Algo se movía bajo la almohada sobre la que descansaba la cabeza de Dave Richards!

De repente, sus nervios se desbocaron. Dejó escapar un estridente chillido y locamente escapó de la habitación y corrió pasillo adelante.

CAPÍTULO V

—¿Qué...? —murmuró en cuanto abrió los ojos.

Frank Cadwell se inclinó sobre ella. Sus facciones bronceadas reflejaban ansiedad.

Ruth pudo escuchar perfectamente el suspiro de alivio que brotó de sus labios.

—Ahora todo está bien, Ruth. Descansa. Perdiste el conocimiento, ¿sabes? Los hombres de Seguridad me avisaron y decidí que te trajesen a tu cabina. La enfermera Hyer se ha cuidado de ti...

—Pero...

—No te agites. No hay nada que temer. Lo sé, lo sé, Ruth: los vigilantes Peterson y Wells escucharon tus gritos... Registramos todas las dependencias del hospital. Buscábamos ratas..., ¿comprendes? Pero no encontramos uno solo de esos animalejos —dijo Frank.

—Pero yo... ¡vi las mordeduras! Habían mordido a Richards, en el cuello, en las muñecas, en los tobillos, incluso en las ingles —exclamó Ruth, tratando de incorporarse.

—Lo sé. Yo mismo vi el cadáver. Y supongo que todo debe tener una explicación convincente.

—Frank, en la base no hay más animales que los del pequeño Zoo Experimental. ¿Es posible que algunos de ellos escaparan de allí? —preguntó ella.

—No —hubo de reconocer el coronel.

—Pues bien: no hay la menor duda. Dave Richards presentaba heridas producidas por los dientes de algún animal.Y, recuerda... Dave dijo que unos animalejos o sabandijas le habían mordido, *le habían chupado la sangre.*

Cadwell se retiró un poco.

—Es absurdo—exclamó al fin—. En Marte no existe fauna propiamente dicha: apenas unos centenares de bacterias, de microorganismos inofensivos, que el reverendo Parkins ha catalogado meticulosamente. En tal caso, ¿de dónde podrían venir esos animalillos?

Ruth entornó los ojos y se acarició de forma inconsciente la frente.

—De la hondonada «December» —pronunció, con tanta seguridad que ella misma se sintió asombrada por el significado de sus palabras.

—¿Qué tiene que ver con todo esto la hondonada «December»? —indagó, al cabo.

—Esa gran roca, el bólido. Tom Martin tenía un trozo de esa piedra negra firmemente aferrado en su mano derecha. Martin murió en extrañas circunstancias.

—Pero…

—No tengo razones válidas para asegurarlo, pero algo me dice que las muertes de Martin y Richards se relacionan de algún modo. Reflexiona, Frank: nada turbó la paz de nuestro trabajo en la Base Experimental antes de que ese enorme pedrusco se estrellase contra la superficie de Marte. Y a partir de ahí…

Cadwell hubo de reconocer que la doctora Sheferian no estaba del todo descaminada. Porque, efectivamente, una larga sucesión de hechos extraordinarios habían tenido lugar desde que el colosal aerolito penetrase en la atmósfera del planeta y se hincase profundamente en sus entrañas.

—Primero fue el fenómeno magnético que nos dejó sin comunicaciones. Y la hecatombe que se desencadenó dentro de la base. Misteriosamente cesó el flujo magnético, los sistemas volvieron a funcionar y todo volvió a la normalidad… aparentemente. Seis meses más tarde, la central nuclear deja de funcionar, sin motivo plausible. Martin sale a revisar el generador Uno y no halla la menor avería. Regresa… trayendo un fragmento del negro pedrusco hundido en la hoya «December». Y esa misma noche muere sin explicación aparente. Pocos días después, David Richards se bebe tres botellas de ginebra y fallece poco después. No sé…, es como si un espíritu maligno se hubiera apoderado de las personas que vivimos en la base.

—Creo que tienes razón —afirmó Frank, sombrío.

—¿Lo admites? —preguntó ella, admirada.

—No tengo más remedio. Sobre todo después de saber que también tú sufriste un delirio —respondió él.

—¿Qué quieres decir?

—Susan Hyer y yo hemos estado velándote durante cuatro horas. Me sentía… preocupado por tu salud y… Bueno, tal vez me haya comportado de forma indiscreta.

—Explícate —exigió Ruth con ansiedad.

—No me dejaba dormir la idea de que tú te hubieras entregado a un hombre confundiéndolo conmigo. Pensaba en ello día y noche. Y finalmente llegué a una conclusión: lo que tú habías creído una loca noche de amor sólo había sido… un delirio, un sueño. Repasé una por una las fichas de los hombres de la base, los examiné personalmente a todos. Ninguno de ellos guardaba ni remota semejanza conmigo, con mi apariencia física.

—¿Y…? —susurró Ruth, prendida en las palabras del hombre.

—Mientras te velábamos, Susan Hyer dijo que ella había realizado tres cursos de Obstetricia y que pensaba doctorarse en Ginecología en cuanto volviese a la Tierra. La idea surgió veloz en mi mente.

—Le preguntaste si ella podría averiguar si yo era virgen o no. ¿Es eso? —explicó la doctora Sheferian con una expresión extraña.

—Sí. Le expliqué el asunto y ella prometió que jamás diría una palabra a nadie. Os dejé a solas durante una hora. Cuando volví, Lucy tenía la respuesta: tú eras virgen, ninguna persona había tenido acceso carnal contigo —confesó Frank Cadwell.

Ruth dejó escapar un leve suspiro que desahogó su pecho.

Frank estaba disculpándose atropelladamente.

—Sí, sí, lo sé: yo no tenía derecho a violar un secreto quepertenecía a ti más que a nadie. Pero decidí salir de dudas. Esperaba que tú te sintieses más tranquila al comprobar que todo había sido un sueño…

—Acertaste. Ahora me siento mucho mejor —Ruth espió la expresión del coronel, buscó su mirada—. ¿Y tú, Frank, cómo te sientes?

—Me siento menos culpable —confesó él. Y se puso apresuradamente en pie.

—¿Adónde vas? —gritó ella, incorporándose sobre los codos.

—A inspeccionar la hondonada «December». Quiero comprobar si

tus sospechas tienen alguna base cierta —respondióél.

—¡Frank!

—Tranquilízate. Enviaré a Hyer. Y, por favor, no la recrimines. Yo soy el único culpable —rogó él.

—No pensaba recriminarla, sino demostrarle mi agradecimiento. Espera, Frank, ¿no podría ir contigo?

—De ninguna forma —negó él, tajante—. Todavía no estás repuesta del todo. Además... ya sabes que está prohibido acercarse a ese lugar.

—Pero tú...

—Alguna ventaja habría de tener el jefe de la base. Pienso saltarme a la torera las órdenes del general Hopper. Pero no estés intranquila: volveré en seguida y te daré cuenta de cuanto halle en aquel lugar.

Cadwell abandonó el hospital, ganó el pasillo y descendió a los hangares subterráneos en un rápido y silencioso montacargas. Desde allí mismo envió su aviso a Dan Forrest, uno de sus pilotos.

Cuando ambos estuvieron a bordo del estilizado «Tracer», la enorme compuerta del hangar se abrió y la aeronave se deslizó hacia arriba por la rampa hasta que sus deslizadores de aire comprimido perdieron contacto con el pavimento de hormigón.

Forrest elevó el «Tracer» a quinientos metros de altura y lo orientó hacia el sur.

Escasos minutos después sobrevolaban la depresión denominada «December». Forrest, siguiendo las instrucciones del coronel, mantuvo inmóvil el «Tracer» a unos cien metros del fondo de la hondonada, justo en el centro geométrico de la misma.

A simple vista, Cadwell advirtió algunos profundos cambios en la superficie del aerolito. La estructura cristalina aparecía dividida por profundas y anchas grietas de hasta quince metros. En dirección norte podía observarse una profunda sima en forma de cráter.

—¿Cómo pudo ocurrir eso? —preguntó Forrest, que había visitado la hondonada seis meses atrás.

—Supongo que, al enfriarse, la estructura vítrea se contrajo bruscamente y se quebró. Incluso es posible que los rayos solares o el

hielo alojado en sus intersticios hayan cuarteado esa roca —respondió Cadwell. Y agregó—: Echemos una ojeada a ese gran cráter del borde norte.

El «Tracer» avanzó mil metros y se estabilizó en el aire sobre la vertical del cráter.

El coronel tomó unos prismáticos y trató de vislumbrar el oscuro fondo. Allá, en las profundidades, la luz era escasa, pero sí lo suficiente para que, a través de los prismáticos, Cadwell contemplara una rara estructura metálica formada por unos tubos ensamblados a modo de órgano.

Frank se sintió asaltado por una gran ansiedad. Sentía la necesidad de descender al cráter, de explorar aquella enigmática estructura de gruesos tubos metálicos que afloraba sesenta metros por debajo de la boca de la cilíndrica chimenea.

—Contador Geiger —indicó al piloto. Y Forrest oprimió una pequeña palanca del amplio tablero de instrumentos y la aguja del medidor se movió decididamente indicando una cantidad de *roentgens* peligrosa.

—Es imposible descender —murmuró Cadwell, consciente del enorme riesgo que correría si abandonaba la protección de la aeronave.

En aquel momento, Forrest llamó su atención con un grito de estupor.

—¡Coronel! ¡Allá, abajo! ¡El cráter… ha desaparecido!

Intrigado, Frank inclinó el cuerpo hacia delante y miró hacia el fondo de la hondonada.

¡El cráter había desaparecido y la superficie, ahora absolutamente plana, del aerolito resplandecía al sol de la mañana…!

Pero no era sólo el cráter. También las profundas y largas grietas que surcaban la superficie de la mole habían desaparecido como por arte de brujería.

«No es posible —pensó Cadwell—. ¿Cómo puede soldarse en pocos segundos una masa tan dura sin dejar rastro? Un fenómeno así sólo sería posible mediante la fusión.»

El contador Geiger comenzó a zumbar. Conectado aún como estaba, su aguja progresaba en el dial, revelando que la actividad

radiactiva iba en aumento.

—Volvamos. A toda velocidad —urgió el coronel. Y el «Tracer» se alejó como una exhalación de la pavorosa hondonada «December».

Dos minutos después, la aeronave se cernía sobre la base y penetraba suavemente a través de la ancha compuerta hasta detenerse al extremo de la larga pista del hangar.

Antes de bajar, el coronel puso una mano sobre el hombro derecho del piloto.

—Debo pedirle algo, Forrest. No haga ningún comentario entre sus camaradas acerca de lo que acaba de ver —indicó.

—No diré una sola palabra, coronel —respondió el piloto.

—Gracias.

Cadwell se dirigió al montacargas y ascendió hasta la planta de superficie.

¿Qué diría cuando Ruth se mostrase interesada por el resultado de su investigación en la hondonada «December»?

Tendría que mentir. De ninguna forma debía decir la verdad: el aerolito enterrado en la hoya no era un simple pedrusco, un meteoro llegado del confín del espacio.

Lo que Cadwell pensaba en aquellos momentos era que *el enorme bólido había sido utilizado como vehículo por seres inteligentes, extraterrestres tal vez hostiles.*

CAPÍTULO VI

Cadwell volvió sobre sus pasos cuando se dirigía al centro de telecomunicaciones.

Era consciente de que su deber como jefe de la base era informar cuanto antes al general Hopper acerca de sus descubrimientos relacionados con la hondonada «December».

Pero... si el mensaje era enviado en presencia de los dos operadores de servicio en el centro de telecomunicaciones, era muy probable que el pánico cundiera entre la dotación de la base.

Tras una breve indecisión, resolvió aguardar hasta la noche. Cuando comenzase el turno diría a Briam Quislam que podía irse a dormir. Algunas noches de insomnio, Cadwell había hecho algo parecido: encargarse del servicio y entretenerse en captar emisiones terrestres, por lo cual el operador Quislam no tendría motivos para sospechar algo raro.

De todas formas, Frank se sentía íntimamente preocupado. En el caso de un ataque imprevisto, los hombres de la base no dispondrían de armamento estratégico suficientemente potente para establecer una defensa adecuada.

La base experimental no tenía fines bélicos sino científicos. Y por tanto, el coronel Cadwell apenas disponía de armamento ligero, inútil a la hora de repeler un ataque por parte de extraterrestres dotados de armas destructoras desconocidas.

Sí, eran elucubraciones. Pero lo que acababa de ver en el fondo de la hondonada había despertado en Frank una profunda inquietud, un desasosiego inexplicable.

Inconscientemente, sus pasos le llevaron hacia la cabina de la doctora Sheferian.

De repente se detuvo.

Al final del largo pasillo una silueta huía velozmente, hasta desaparecer tras un recodo.

¿Una enorme rata, un gato tal vez?

La carrera de aquella criatura había sido tan fulminante que los

ojos del coronel apenas pudieron captar las características físicas del pequeño ser.

Oficialmente, en la Base Experimental no existían gatos. Y mucho menos, ratas.

Sin pensarlo, Frank corrió con todas sus fuerzas a lo largo del pasillo hasta alcanzar el recodo.

En el pasillo transversal no había nada. Estaba desierto.

Frank se rascó la nuca, absolutamente perplejo. ¿Comenzaba a ver visiones...?

Durante quince minutos recorrió toda el área, inspeccionó compartimientos, aparatos y accesos.

Pero todo fue inútil. No encontró nada semejante a la pequeña silueta fugitiva.

Muy confuso, volvió sobre sus pasos. Al torcer uno de los recodos estuvo a punto de chocar con la doctora Sheferian.

—Ah, Frank... —exclamó ella, turbada—. Precisamente estaba buscándote.

«Ahora me preguntará qué he averiguado en la hondonada «December» —pensó él—. Y naturalmente me veré obligado a mentirle.»

Pero Ruth no mencionó aquel tema. Era otro asunto el que la inquietaba.

—Estoy muy preocupada, Frank —dijo ella, bajando la voz—. Alguien ha robado veinte frascos de sangre. Es decir, la última remesa que nos enviaron a bordo del *Spaceray*.

—¿Que han robado sangre? —se sorprendió Cadwell—. ¡Es la primera vez que oigo algo semejante...! Un robo de sangre humana —murmuró, pensativo—. ¿Qué interés puede tener el ladrón en coleccionar sangre de diferentes tipos?

Ruth se cruzó de brazos, nerviosa.

—Me gustaría saberlo, pero no tengo la menor idea —respondió—. Por desgracia, no sólo han robado los veinte tarros de sangre: también han desaparecido todas las existencias de plasma desecado.

—¿Estás segura?

—Absolutamente. Puedes imaginarte la situación: si alguno de nosotros necesitase sangre, tendríamos que recurrir a la transfusión directa —declaró la doctora, muy inquieta.

Frank encendió un cigarrillo.

—Sólo puede ser obra de un loco... —murmuró, abstraído. Y miró a Ruth—: Hablaré con Fletcher. Él se encargará de la investigación. Después podemos impulsar una campaña de donación voluntaria de sangre, con el fin de recoger la cantidad necesaria por si se produce alguna emergencia. Organízalo tú misma: estoy seguro de que todos los componentes de la dotación serán generosos con su sangre.

—Está bien, lo haré. De todas formas no podré impedir la extraña inquietud que me acongoja, Frank —susurró ella.

El oprimió suave y confortablemente la mano de la doctora.

—Animo. Todo se arreglará —dijo. Y se separó de ella.

Pero lo cierto era que también él se sentía trastornado.

Comprendiendo que necesitaba estar a solas para poner en orden sus ideas, Cadwell se refugió en su cabina.

Apenas dos minutos más tarde se oyó el zumbador. Frank pulsó el «kit» y el doctor Brisbane, jefe de los laboratorios, penetró en la cabina.

—Adelante, Bob —invitó el coronel—. Siéntate.

—No, no... Quiero que vengas conmigo al laboratorio. He descubierto algo que me preocupa profundamente. Por eso he querido hablar contigo a solas —dijo.

Era evidente que Bob Brisbane se sentía muy impresionado, pues Cadwell advirtió que sus manos temblaban.

—Muy bien. Explícate.

—Fue hace unos minutos. Mis ayudantes habían hecho un pequeño descanso para almorzar y yo me quedé solo. Estaba realizando una prueba de rayos X en unos minerales, cuando algo cayó con estrépito a mi espalda...

—Sigue.

—Yo tenía puestas mis gafas para leer y no pude distinguir bien lo que ocurría. Me volví y contemplé unas pequeñas siluetas que se

apiñaban alrededor de un objeto en el suelo. Unos gatos están lamiendo algo que se ha derramado en el suelo. Fue mi primer pensamiento... antes de recordar que en la base no hay gatos. Impulsivamente corrí hacia aquel lugar. Las... criaturas saltaron espectacularmente sobre el archivo de muestras minerales y desaparecieron en algún sitio... creo que a través del tubo de aireación situado a unos cinco metros de altura —explicó el jefe de laboratorios.

—¿Dices que eran algo semejante a... gatos? —preguntó el coronel.

—Bueno... Ya te he dicho que yo tenía las gafas de leer y la visión era borrosa a aquella distancia. Lo único que puedo precisar es que vi seis u ocho siluetas del tamaño de un gato, aproximadamente.

—¿Qué era lo que se había derramado en el suelo?

—Eso es lo que más me intriga —respondió el doctor Brisbane—. Volví a por mis gafas para ver de lejos y encontré un frasco roto. Un frasco que debía contener sangre. Había un gran charco de sangre alrededor de los vidrios rotos.

Cadwell se inmutó.

—¿Han vuelto ya tus ayudantes? —preguntó a Brisbane.

—No —el jefe de laboratorios consultó su reloj—. Todavía les quedan dieciocho minutos.

—Bien. No digas nada a nadie. Ve y procura distraer a tus ayudantes con la excusa que primero te venga a mano. Yo me ocuparé de que nadie penetre en el laboratorio. Te avisaré cuando hayamos investigado este asunto. Ahora, ve —Frank le empujó con prisas hacia la puerta.

Inmediatamente llamó a Fletcher y le dio una breve explicación. Cuando los dos hombres llegaron a la entrada de los laboratorios, seis hombres del *Security Group* vigilaban ya la zona impidiendo la entrada a toda persona.

Allí estaba el gran charco de sangre. Y todavía se podía ver la etiqueta del frasco, empapada en el rojo líquido.

—No hay duda —dijo Cadwell—. Es uno de los veinte frascos que alguien ha robado a la doctora Sheferian. Escucha, Dan; tenemos que inspeccionar ese tubo de aireación. Es preciso que alguien traiga una escala automática.

La escala llegó pocos minutos después deslizada sobre sus propias ruedas de macizo plástico. Fletcher y Cadwell subieron a la plataforma y uno de los vigilantes maniobró en su sencillo cuadro de mandos para que el aparato se pusiera en marcha.

La plataforma se detuvo a la altura del tubo de aireación. La rejilla circular que debía taparlo estaba sobre la parte superior del archivo metálico.

—Han serrado los goznes —observó el oficial del *Security Group*.

—Yo más bien diría que han cortado las bisagras con unos afiladísimos incisivos —respondió el coronel tras observar con atención los irregulares cortes del metal.

Fletcher le miró fijamente. Preocupado.

—¿Qué es exactamente lo que buscamos, coronel? —preguntó, tenso.

—Ni yo mismo lo sé, Dan. Pero el doctor Brisbane sorprendió a unos... animalejos que después de lamer la sangre de ese tarro, saltaron a este mueble y desaparecieron por la boca de ese tubo.

Fletcher murmuró algo entre dientes y, volviéndose, pidió a sus hombres que le fuese arrojada una lámpara eléctrica.

Un potente chorro de luz penetró a través del tubo de unos cuarenta centímetros de diámetro. La conducción profundizaba unos tres metros en línea recta, pero luego doblaba a la derecha, por lo cual resultaba imposible averiguar qué había más allá del recodo.

—¿Adónde lleva este tubo? —preguntó Cadwell.

—A la unidad de acondicionamiento de aire, situada a trescientos metros de aquí. Pero, según el plano que poseo, existe un dédalo de conducciones de este tipo que se extiende a lo largo de todas las instalaciones. Por otra parte, un hombre no cabe por ese tubo. ¿Ve alguna solución?

—El Zoo —respondió Frank, tras una pausa—. El doctor Brown cuida a una pareja de *cookers*. Uno de esos perros cabría perfectamente a través de esta conducción.

—Está bien. Enviaré a uno de mis hombres a por el perro —convino el oficial de seguridad.

El *cooker* llegó tres minutos más tarde. El animal se mostró un

poco nervioso cuando le subieron en la escala automática, pero cuando Cadwell le puso ante la entrada del tubo de aireación, su hocico se dilató con ansiedad. Luego el animal soltó un gruñido y avanzó por el tubo.

Fletcher sostenía la lámpara en la posición adecuada, Cadwell azuzaba al perro para que prosiguiera en su avance.

Luego el animal desapareció en el recodo y sólo se escuchó su ruidoso olfato sobre las planchas metálicas.

Transcurrieron unos angustiosos minutos.

Y de repente, se oyó un sordo gruñido, seguido de agudísimos chillidos capaces de helar la sangre en las venas.

—¡Ha hecho presa, ha hecho presa! —exclamó Fletcher, excitado.

Pero Cadwell no se mostraba tan contento. Los chillidos que el tubo transmitía claramente hasta ellos iban aumentando de volumen hasta alcanzar clamores horrísonos.

No era un solo animal al que tenía que enfrentarse el valeroso perro. Debían ser muchos. Diez, quince tal vez.

Bruscamente cesaron los chillidos.

Cadwell introdujo la cabeza en el tubo y trató de percibir algún sonido que le sirviese para imaginar lo que estaba sucediendo más allá del recodo.

Un jadeo sofocado llegó hasta él: era como el resoplido angustioso de un ser que estuviese agonizando.

Luego una mancha marrón apareció en el recodo. El perro se arrastraba lastimosamente hacia la salida, dejando tras sí un reguero de sangre.

Cuando el pobre animal se arrastró un par de metros más, Cadwell y Fletcher contemplaron su cuello cosido a dentelladas.

CAPÍTULO VII

Tres horas cuarenta minutos, hora de Marte.

La respuesta del general Lee Hopper resonaba claramente aún en los oídos del coronel Frank Cadwell:

—Dispóngalo todo para la evacuación, coronel. Dos astronaves *Spaceray* están ya en camino hacia Marte.

—Pero…

—La decisión ha sido tomada tras una reunión urgente del Consejo de Seguridad Espacial a la vista de las mediciones de radiactividad tomadas por usted mismo —añadió Hopper, con voz grave—. Las radiaciones van en aumento, es evidente, lo que pone en peligro las vidas de las personas que componen la dotación de la Base Experimental Marte. Las condiciones espaciales para el viaje de nuestras astronaves son buenas: dentro de dieciséis días las *Spaceray* estarán en Marte. Mientras, las órdenes son rigurosas, coronel Cadwell: ninguno de ustedes saldrá al exterior y usted mismo tomará las medidas necesarias para evitar que nadie ni nada proveniente del exterior pueda penetrar en la Base Experimental…

Cadwell se sentía anonadado: ¡iban a ser evacuados! La decisión del Consejo de Seguridad Espacial podía darle una idea del peligro que se cernía sobre la base.

¿No sería un tanto precipitada la evacuación del personal de la Base Experimental?

Cierto que los aparatos de medida del centro acusabanuna perceptible intensidad en las radiaciones, pero aquello no constituía aún un peligro inminente de muerte.

Bruscamente, Frank comprendió por qué se sentía disgustado ante la idea de evacuar la base: era la curiosidad lo que, le retenía allí.

¡Los escurridizos animalejos que sólo el doctor Brisbane había tenido la oportunidad de ver, aunque fuera de forma borrosa…!

Desde que retiraran del tubo de aireación el cuerpo agonizante del perro, los componentes del *Security Group* habían trabajado sin descanso para desentrañar el misterio: centenares de metros de las conducciones del sistema de acondicionamiento de aire habían sido

desmontadas y desmanteladas sin el menor resultado práctico.

El propio Fletcher había declarado:

—Oí el rumor de sus pasos, escuché sus espantosos chillidos, pero resultó imposible agarrar a uno solo de ellos. La verdad es que ni siquiera alcanzamos a verlos.

Aquello había logrado excitar la curiosidad del coronel hasta el límite. Ansiaba desentrañar el misterio, capturar a uno de los extraños animalejos, venidos de Dios sabe dónde. Aunque, según la doctora Sheferian, la procedencia de las raras criaturas estaba clara: provenían del bólido hundido en la hondonada «December».

Parecía evidente también que eran los diminutos intrusos los responsables de la desaparición de veinte tarros de sangre humana y plasma desecado del almacén del hospital.

«Se alimentan de sangre —pensó, abstraído—. Como los vampiros.»

Aquella noche, Frank había tenido la oportunidad de comprobar algo inquietante: en el cuello de Ruth Sheferian podían verse las cicatrices de dos diminutas mordeduras.

Cadwell se lo había hecho notar a Ruth y ella fue la primera en sorprenderse. Pasando los finos dedos sobre los bordes, ya casi cicatrizados, de las heridas, murmuró atónita:

—Pero... ¡yo no he sentido el menor dolor!

—Tampoco los bueyes de cuya sangre se alimentan losvampiros sudamericanos experimentan dolor. Algunos zoólogos aseguran que en la saliva de los vampiros existe alguna sustancia anestesiante. Esa podía ser una explicación —respondió el coronel.

Hasta entonces Frank había mantenido aquel asunto en secreto, convencido de que su divulgación imprudente podía desatar el pánico entre el personal de la base. Pero ahora, a solas en el centro de telecomunicaciones, el coronel se preguntaba si, dadas las circunstancias, tenía él derecho a mantener a los demás en la ignorancia de aquellos graves sucesos.

Había sido una jornada sumamente apretada de trabajo. Personalmente se había asegurado de que todas las salidas al exterior quedaban clausuradas. Más tarde había dado instrucciones para que el circuito cerrado de televisión fuese ampliado considerablemente, de forma que la vigilancia nocturna fuese fácil y absoluta.

Ahora había grandes monitores de televisión en color instalados en el centro de comunicaciones, en las cabinas del *Security Group* y también en las habitaciones del coronel.

Modernísimas cámaras fotográficas ocultas serían accionadas por células fotoeléctricas en cuanto apareciese una de aquellas diminutas y desconocidas criaturas.

Con un fino cigarro entre los dientes, Frank Cadwell contemplaba abstraído la batería de monitores de televisión que arrojaban simultáneos planos de diversas dependencias de la base.

Nada. Las cámaras sólo captaban los inmensos pasillos solitarios, el amplio laboratorio, la sala de asambleas, las instalaciones del pequeño zoológico...

Todo aparecía desierto y silencioso, dominado por la más absoluta calma.

Y luego, de repente, aparecieron aquellas pequeñas siluetas humanoides.

Frank se puso en pie de un brinco y manipuló en los controles para obtener imágenes más nítidas y próximas, pero la tropilla de animalejos desapareció instantáneamente.

Muy excitado, contempló sin pestañear los restantes monitores. Una sombra, un puntito apenas, se movió en un extremo del gran vestíbulo del centro de vigilancia del *Security Group*.

En seguida las criaturas aparecieron en tropel. Pasmado de asombro, Frank comprobó que se trataba de unos sesenta individuos que caminaban cautelosos hacia el centro del vestíbulo, donde se erguía una elevada cabina giratoria desde la que se dominaban todas las dependencias de la base.

¡Dios santo, parecían minúsculos hombrecillos de apenas cuarenta centímetros de alzada...!

Sobreponiéndose a su estupor, Frank oprimió la palanca que ponía en marcha el grabador de *video-tape*.

Pequeños cuerpos peludos que caminaban en posición vertical, redondos ojos de fulgor rojizo semejantes a los de los prosimios, mandíbulas poderosas terminadas en un hocico de forma cónica... Delgados brazos musculados, prominente vientre hinchado, piernas de proporciones humanas...

«¿Es posible que se trate de criaturas inteligentes?», se preguntó Frank, espeluznado.

De pronto, la tropilla se detuvo al pie de la cabina de vigilancia. Los pequeños intrusos se mostraban inquietos, parecían cuchichear entre sí, contemplaban, ávidos, al vigilante que dormitaba en la cabina inferior.

La puerta estaba cerrada, tal como el coronel había ordenado, pero John Larssen, el vigilante, había descuidado su guardia y dormía pesadamente, de bruces sobre el tablero de comunicaciones.

Frank había graduado el zoom y podía ver claramente las características físicas de los menudos seres.

Entonces, como obedeciendo a una señal, los homúnculos se apiñaron en abigarrado grupo junto a la puerta. Algunos de ellos se subieron sobre los que formaban la base hasta formar una pirámide de unos dos metros de altura. A través de los sistemas de sonidos, Cadwell oyó un agudo chirrido. La puerta se abrió de repente y la pirámide se deshizo.

En escasos segundos, los homúnculos estaban en el interior de la cabina de vigilancia y se aproximaban con paso quedo al dormido vigilante Larssen.

Frank vio cómo los demás se congregaban a dos metros de distancia bajo la potente lámpara, mientras uno de ellos saltaba con espectacular agilidad al tablero de instrumentos y se aproximaba al vigilante.

Cadwell asistió a un fenómeno inexplicable: la luz de la lámpara se reflejaba en los redondos ojos de los homúnculos y formaba un halo rojizo que iluminaba con tonos fosforescentes el rostro de John Larssen.

El pequeño ser que había saltado al tablero se aproximó despacio a Larssen y... ¡le mordió en el cuello!

Con un esfuerzo de voluntad, Cadwell consiguió sustraerse al hechizo que le mantenía inmóvil. Pulsó su emisor y gritó:

—¡ALARMA, ALARMA EN EL CENTRO DE VIGILANCIA!

En su cabina, Dan Fletcher despertó sobresaltado, escuchó los gritos del coronel y se arrojó fuera del lecho.

Tres minutos después, Cadwell, Fletcher y otros ocho hombres del

Security Group convergían en el vestíbulo del centro de vigilancia.

Los homúnculos habían desaparecido, pero en el cierre de la puerta de la cabina, destrozado, estaban las huellas de sus poderosísimos colmillos.

John Larssen, de bruces sobre el tablero de comunicaciones, seguía dormitando pesadamente, ajeno a todo.

Cadwell lo tomó por los hombros y lo recostó sobre el respaldo de su asiento.

De la pequeña herida de su cuello brotaba aún un delgado hilillo de sangre.

—¿Qué es esto? —exclamó Fletcher.

—Los animalejos, esas alimañas bebedoras de sangre. ¡Yo lo vi! —exclamó el coronel, excitado—. Incluso llegué a grabar la toma de televisión en video-tape.

—Me pregunto por qué no dio la alarma antes de que losbichos mordiesen a Larssen —observó Fletcher, en tono de reproche.

Cadwell parpadeó.

—No lo sé —respondió éste, perplejo—. Estaba contemplando a esas criaturas a través del monitor de televisión y… me sentía incapaz de la menor reacción. Sólo cuando vi que uno de ellos mordía el cuello de Larssen, yo…

En aquel momento, Larssen gruñó algo entre dientes y abrió los ojos.

Fletcher se alejó de él de un brinco al contemplar su horrible expresión. Sus ojos estaban inyectados en sangre, sus facciones se habían afilado, las aletas de su nariz se dilataban como el hocico de un animal y de sus endurecidos labios manaba una baba amarillenta pastosa.

De improviso, Larssen saltó hacia delante con las manos crispadas en forma de garra y un gruñido animalesco brotó desus fauces.

El zarpazo rasgó la cazadora del coronel como si fuera papel de fumar y sus uñas desgarraron profundamente su pecho. La sangre brotó abundante y salpicó su rostro, antes de que Fletcher y sus hombres se lanzasen sobre Larssen y lograsen inmovilizarlo.

Incluso esposado de pies y manos, el vigilante se debatía en el suelo con indescriptible furia.

Cadwell le contempló fijamente y murmuró:

—¡Dios santo, se diría que Larssen se ha convertido en pocos minutos en una verdadera fiera sanguinaria…!

Fletcher parpadeó.

—Extraña coincidencia —dijo—. John Larssen era cuidador de un zoo antes de ser seleccionado para venir a la Base Experimental…

Mientras él vigilante gruñía y forcejeaba en el suelo, llegó la doctora Sheferian, avisada por los hombres del *Security Group*.

Sus ojos se desorbitaron al ver el pecho desgarrado deCadwell, pero cuando ella se inclinó para observar la herida, Frank dijo con cierta brusquedad:

—Es Larssen quien necesita de tus cuidados.

Ruth examinó las facciones deformadas de Larssen y comprendió, sin explicaciones, que algo horrible acababa de ocurrir.

Pidió a los vigilantes que inmovilizaran a Larssen y le inyectó un sedante.

Poco después cedían los animalescos gruñidos y los músculos de Larssen se relajaban.

Al fin quedó inmóvil, tendido de costado. Sus facciones habían recobrado el aspecto normal.

CAPÍTULO VIII

Al fin había ocurrido lo que tanto temiera el coronel Cadwell: el pánico había cundido entre el personal de la base.

Los más valerosos trataban de disimular su íntimo temor con sonrisas forzadas e incluso con bromas que no bastaban para despejar el ambiente de terror que se respiraba ya en el interior de la Base Experimental.

Ciento noventa y ocho personas, entre mujeres y hombres, acababan de escuchar al coronel Cadwell en la sala de asambleas. Conocían la decisión del Consejo de Seguridad Espacial: evacuar la base.

—La radiactividad va en aumento, según marcan nuestros sensibles detectores, aunque, por fortuna, no hayamos llegado aún a la potencia crítica. Esta circunstancia y el hecho de que las instalaciones de la base estén bien defendidas contra la contaminación radiactiva, nos permiten aguardar con cierta calma la llegada de las dos astronaves *Spaceray* que están en camino hacia Marte para hacer posible la evacuación —acababa de informar Cadwell.

Jim McGrane, un joven ingeniero en electricidad, se puso en pie impulsivamente.

—Dígame, coronel, ¿qué hay acerca de esos animalejos que mordieron a John Larssen? Según tengo entendido se alimentan de sangre —planteó.

Frank carraspeó.

—No estamos aún seguros de que no se trate de vulgares ratas —mintió piadosamente—. Si quieren que les diga loque pienso, no me lo explico razonablemente. Es posible que algunas ratas llegasen a la base escondidas en los contenedores de material. De todas formas, vamos a tomar algunas medidas para evitar que esa plaga prolifere.

—¿Podría decirnos cuáles son esas medidas? —preguntó McGrane, desconfiado.

—Se realizará un registro exhaustivo de las instalaciones, se colocarán trampas electrónicas y alimentos envenenados y se establecerán patrullas nocturnas especiales. Pido a todos que colaboren conmigo y procuren mantener la calma. Eso es todo.

Pueden volver a sus puestos.

La dotación de la base comenzó a desfilar en silencio hasta que en la sala sólo quedaron Ruth Sheferian, el oficial de seguridad Fletcher y el reverendo Parkins, biólogo, además del propio coronel Cadwell.

Parkins, alto, esquelético, de facciones delgadas y sobrias, dijo:

—Es extraño...

—¿Extraño? —repitió Cadwell.

—Me refiero a la invasión de esas criaturas. Hay motivos para sospechar que son seres inteligentes...

—Eso mismo pienso yo —comentó Dan Fletcher—. Todos nuestros esfuerzos por capturar a uno solo de ellos vivo han fracasado. Las imágenes que vi en la grabación de *video-tape* son impresionantes.

Ruth se estremeció. También ella había asistido al pase de la grabación al que apenas había asistido media docena de personas.

—Y, sin embargo, a través de los fotogramas que he estado estudiando y analizando durante más de tres horas, he observado algo que niega por leyes naturales que esos pequeños seres posean razón, inteligencia pura.

—¿A qué se refiere, reverendo Parkins? —preguntó Fletcher.

—La conformación de su cráneo. No hay espacio en la caja ósea para albergar un cerebro inteligente. Un cerebrohumano, para que me entiendan —respondió el biólogo.

Frank encendió un cigarro.

—Mi preocupación es otra —declaró, con expresión reconcentrada—. En los numerosos pases de la grabación, hemos contado sesenta y dos individuos. Me pregunto si no habrá más ocultos en los recovecos de la base. Centenares, quizá.

—¡Por Dios bendito, Frank, no digas eso! —gimió la doctora Sheferian, palidísima.

Pero Cadwell la miró con reconvención.

—Hemos de ponernos en lo peor, Ruth. Aún quedan quince días para que las *Spaceray* desciendan sobre Marte y sea posible la evacuación. Y ya que el tema ha sido mencionado por el reverendo Parkins, os daré mi opinión: sí, creo que esos homúnculos son

inteligentes. Veamos: desde que Tom Martin fue mordido por ellos, esas alimañas han campado por doquier sin dejarse ver por espacio de dos semanas. Han recorrido y registrado las instalaciones y ello puede demostrarse por el hecho de que penetraron en el hospital y robaron sangre y plasma del interior de un mueble metálico herméticamente cerrado, ¿no es cierto?

Los cuatro se miraron entre sí con temor. Hasta que Dan Fletcher estalló en una exclamación frenética.

—Pero ¡qué diablos! Al fin y al cabo, sólo se trata de una manada de pequeñas alimañas. ¡Son diminutos, apenas alcanzan la talla de un mono pequeño, de un tití…!

—Su pequeñez es una ventaja para ellos, Dan —observó Cadwell —. Pueden ponerse a salvo a través de un respiradero, ocultarse tras cualquier pequeño aparato, pasar disimulados… Reflexionad; sin destrozar ningún cierre, consiguieron introducirse en la cabina de Martin, en la de Dave Richards, incluso en la de la doctora Sheferian. Su agilidad y rapidez increíbles y su pequeño tamaño les permite pasar desapercibidos, colarse en cualquier sitio.

El reverendo Parkins se frotó las manos, inquieto.

—No me atrevo a pronunciar en voz alta mis sospechas,señores, pero la idea está en mi cerebro —pronunció, sombrío.

—¿A qué se refiere? —quiso saber Ruth.

—Esos animalillos que chupan sangre… parecen obra de Satanás —declaró con terrible seriedad.

Ruth ahogó un gemido en su garganta.

En cuanto a Dan Fletcher, a punto estuvo de soltar una risotada. Pero algo le impidió reír.

—No desorbitemos las cosas, reverendo —terció el coronel—. Creo que en lugar de perder el tiempo en elucubraciones, lo mejor será poner manos a la obra. Es preciso encontrar a esas alimañas y… exterminarlas.

Abandonaron la sala de asambleas. El reverendo Parkins murmuraba entre dientes una fervorosa plegaria, el robusto Fletcher apretaba los puños rabiosamente y Ruth Sheferian corrió en pos del coronel, medrosa.

—¡Frank!

—¿Sí? —Cadwell se volvió sin interrumpir sus rápidos pasos a lo largo del corredor.

—La invasión de esas horribles criaturas me obsesiona, después de que parece establecido que yo también fui víctima de ellas —susurró, caminando a la altura del coronel.

—¿Y...?

—He estado pensando en ello y he sacado una conclusión: la mordedura de los homúnculos, como tú los llamas, produce una especie de exacerbación..., de exaltación de la personalidad.

—Explícate —Cadwell dirigió una recelosa mirada a ambos lados del pasillo y se detuvo.

—¿Cuál crees tú que era la característica predominante en Tom Martin? —preguntó la doctora Sheferian, anhelante.

—Pues... ahora que lo pienso, yo le conceptuaría como un obseso sexual. Su cabina estaba llena de revistas eróticas, de *video-cassettes* pornográficos... Tom era muy excitable... en cuanto al sexo.

—¡Exactamente! ¿Y qué le ocurrió tras ser mordido por los homúnculos? Vivió ficticiamente una intensa noche deamor, a juzgar por el número increíble de sus eyaculaciones, que fue, por otra parte, lo que le mató.

—Creo que tienes razón. Y en cuanto a Dave Richards...

—Un alcohólico, un hombre que había bebido desde la adolescencia. Tuvo fuerza de voluntad para someterse a una cura antialcohólica. Pero cuando esos bichejos le mordieron, sucumbió y... bebió hasta morir.

—¿Y tú? —preguntó Cadwell, mirándola fijamente.

Ruth desvió la mirada. Sus labios temblaron.

—Yo... estaba enamorada de ti, Frank. Lo que más anhelaba era sentirme correspondida. Y lo que ocurrió... ya lo sabes. En mi delirio, tú me amaste apasionadamente.

Cadwell echó a andar despacio. Ruth le siguió.

—Pero ¿y Larssen? —preguntó el coronel, volviéndose un momento.

—¿No oíste lo que dijo Fletcher en la cabina del centro de

vigilancia? John había sido cuidador de un zoo. Amaba a los animales, los admiraba, sobre todo a los poderosos tigres de Bengala, que él atendía en el zoo. Yo vi la transformación impresionante de sus facciones: las orejas se volvieron puntiagudas, sus ojos se tensaron oblicuamente y emitían una fosforescencia animal, mientras su nariz se dilataba y sus dientes sobresalían de forma increíble… como los de una fiera—describió Ruth.

Frank iba a contestar algo, cuando se oyó el zumbido del radio-emisor que llevaba en el pecho.

Oprimió un botón y pronunció:

—Cadwell al habla.

Una voz temblorosa resonó en el pequeño altavoz.

—Venga inmediatamente, coronel. He…, he descubierto algo espantoso.

—¿Doctor Brown? —preguntó Frank.

—¡Sí, sí, soy Brown! ¡Pero, por favor, venga cuanto antes!

—Voy allá ahora mismo —Cadwell dirigió una rápida mirada a Ruth Sheferian y ordenó—: Ven conmigo. Tal vez necesite tu ayuda.

CAPÍTULO IX

Dentro del Zoo Experimental, el espectáculo era desolador.

Ante los ojos brillantes del coronel Cadwell iban desfilando las jaulas ordenadas en hileras. Jaulas llenas de animales muertos.

—Desangrados —murmuraba el doctor Brown con voz temblorosa —. He examinado algunos cuerpos: ninguno de ellos contiene una sola gota de sangre.

Regueros de sangre empapaban los pulcros corredores del ordenado zoo regido por el veterinario doctor Brown, que sollozaba, desconsolado.

Docenas de conejos, ardillas, topos y otros animalillos de experimentación yacían en sus jaulas, tiesos, fríos, exangües.

—Incluso han matado a mi pareja de lobos. La hembra estaba a punto de tener cachorrillos —murmuró el doctor Brown, señalando la pareja de magníficos animales.

Parecía una orgía sangrienta. La sangre empapaba el piso de las jaulas y corría en regueros, ya coagulados, hasta verterse en los pasillos intermedios.

—¿Cuándo descubrió esto? —preguntó Cadwell, tratando de superar la escalofriante impresión.

—Hace un cuarto de hora —respondió el veterinario, tembloroso —. Hoy llegué más tarde, puesto que tuve que asistir a la asamblea que usted mismo convocó, coronel.

Cadwell dirigió una ojeada circular al escenario de la sangrienta tragedia.

—¿Cuántos animales muertos? —preguntó.

—Setenta y ocho. Esos bichos sólo han respetado a los cuadrúpedos de mayor tamaño: un toro, una vaca, un caballo y una yegua. Y, caso extraño, no han atacado ni a uno sólo de los animales de sangre fría de mi zoo: hay varios lagartos, dos iguanas, varias serpientes pequeñas, una pareja de boas y dos caimanes. Están intactos, vivos...

—¿Vio algo sospechoso? —quiso saber el coronel.

—Nada. He registrado el zoo de arriba abajo, sin hallar nada sospechoso. Las puertas son metálicas, gruesas. Y estaban herméticamente cerradas. Nadie las había forzado, si es eso lo que le preocupa.

Cadwell llamó al grupo de seguridad a través de su radio-emisor. Fletcher, que llegó con diez hombres dos minutos después, palideció al contemplar la salvaje carnicería.

—Registren el zoo de arriba abajo —indicó el coronel—. Los que hicieron esto debieron utilizar algún camino secreto para llegar hasta aquí, puesto que las puertas están intactas.

Los hombres se distribuyeron a lo largo de los pasillos y almacenes.

Pero, en realidad, fue la doctora Sheferian la que halló una pista.

Siguiendo la mancha sangrienta de diminutas pezuñas sobre el piso de hormigón, penetró en el almacén donde se guardaban miles de fardos de heno para los animales herbívoros.

Las huellas desaparecían bajo la capa de paja que alfombraba el suelo.

Cadwell, que había seguido a unos pasos a la doctora, echó una ojeada al lugar y comprendió.

Con los pies apartaron la paja hasta descubrir la redonda tapa metálica de una alcantarilla.

Cadwell miró en derredor, vio un garfio de trincar los fardos colgado en la pared y lo cogió. Sirviéndose de él, tiró de la tapa y descubrió la boca del registro de alcantarilla.

Se oyeron unos chillidos agudísimos que el eco multiplicó en las largas y oscuras galerías del alcantarillado.

Instintivamente, Ruth, que se había inclinado hacia delante para mirar, retrocedió de un salto, espeluznada.

—Ahora empiezo a comprender —susurró Frank—. Esos chupadores de sangre utilizan la red de alcantarillas como escondrijo. A través de las intrincadas galerías les es fácil desplazarse de un lugar a otro, dentro de la base...

Como respuesta a sus palabras, de las profundidades llegó el eco de una carcajada agudísima, irónica, satánica.

En aquel momento, los hombres del *Security Group* penetraron en avalancha en el almacén.

El coronel les indicó con un gesto las huellas sangrientas impresas sobre el piso de hormigón.

En aquel instante, allá abajo se oyó un rápido y tumultuoso tropel. El rumor de los impresionantes chillidos fue extinguiéndose lentamente hasta desaparecer por completo.

—Conque era ahí donde se ocultaban —exclamó Fletcher—. Debí imaginar algo semejante...

Pero el coronel no le permitió perderse en inútiles elucubraciones.

—Gas —indicó—. Hay que insuflar gas tóxico a presión por las alcantarillas, inmediatamente todos los registros se sellarán hasta asegurarnos de que los homúnculos no podrán volver a la base.

Siguiendo sus indicaciones, grupos móviles del *Security Group* apenas descansaron durante las seis horas siguientes y hasta que la red de alcantarillado de la Base Experimental fue sometida a un minucioso gaseado.

Las tapas de los registros de alcantarillas se clausuraron temporalmente mediante el elemental recurso de soldar las tapas metálicas a sus bocas.

Frank Cadwell comenzaba a sentirse mejor, tras la impresión recibida aquella mañana en el zoo.

«No podrán escapar —pensó, obsesionado—. Las aguas fecales no tienen salida a la superficie, pues se recogen en una gran fosa séptica a quinientos metros de aquí. Las alcantarillas serán su tumba.»

Pero ¿y si alguna de aquellas alimañas escapaba a losefectos del gas letal? No era imposible que algunos individuos se guarecieran en algún recóndito recoveco al que no llegase el gas a presión...

Cadwell ordenó que, intermitentemente, fuera vertida agua con *salfumán* en los retretes. Aparte de ello, los servicios higiénicos utilizados en común serían clausurados al anochecer y fuertemente vigilados durante la noche.

La situación parecía controlada. Cadwell, aunque muy cansado aquella noche, se sentía más relajado y sereno.

Ruth y él cenaron juntos en un rincón del comedor.

Ella masticaba en silencio un bocado de rosbif, cuando oyó que Frank murmuraba:

—De todas formas, me hubiera gustado capturar viva a una deesas pequeñas alimañas...

La doctora Sheferian estuvo a punto de atragantarse con el rosbif.

—¿Cómo has dicho? —preguntó al cabo.

—Bueno, es que la curiosidad me atosiga. Me hubiera gustado comprobar si esas criaturas son verdaderos especímenes extraterrestres o si se trata de... seres inteligentes.

El tenedor de Ruth Sheferian quedó suspendido en el aire; ya no sentía el menor apetito.

Muy pálida, con un leve temblor en los labios, suplicó al coronel:

—Por favor, Frank, hablemos de otra cosa. Cada vez que recuerdo que uno de esos bichejos me mordió en la garganta, yo...

Su voz se estranguló en la garganta. Comprendiendo que acababa de cometer una imprudencia con sus comentarios, el coronel pidió una botella de frio champaña y él mismo escanció el burbujeante líquido en dos copas.

—Tienes razón. Olvidemos todo lo desagradable y brindemos por nosotros —admitió él. Y le ofreció una copa.

El fino cristal tintineó levemente y las miradas de hombre y mujer se cruzaron.

Cadwell se sintió traspasado por una íntima emoción aladvertir el brillo tierno de los bellos ojos de la doctora Sheferian.

Bebieron un par de copas. Más tarde, cuando el comedor quedó casi vacío, Frank dijo:

—¿Sabes una cosa, Ruth? Me hubiera gustado conocerte antes de que Diane Kendall entrase en mi vida. Ahora estoy seguro de que mi existencia hubiera sido menos turbulenta y desgraciada...

Ella gradeció sus palabras con un leve parpadeo.

Y dijo:

—Frank, aún no es tarde. Si tú olvidases tu pasado, ambos podríamos…

Pero no siguió hablando. La faz del coronel Cadwell se había nublado. Tempestuosos recuerdos debieron pasar en aquel momento rozando su mente. Ruth calló.

Tomaron una nueva copa y, al cabo, él se irguió.

—Estoy cansado, Ruth. Debo ir a descansar. Vamos, te acompañaré a tu cabina —se ofreció.

Fue un gesto desusadamente amable que ella agradeció íntimamente. Al fin, se detuvieron ante la cabina de la doctora Sheferian.

—Buenas noches, Ruth —deseó él, con voz cálida.

—Buenas noches, Frank —respondió ella. Y cerró la puerta lentamente.

Cadwell dirigió una rápida mirada hacia uno y otro extremo del pasillo.

Calma absoluta. Las dependencias de la base estaban silenciosas, los pasillos desiertos.

Sin prisas, se dirigió ahora hacia el centro de vigilancia de la rotonda central.

Conversó durante unos minutos con Ron Peterson y Flarry Wells, dos de los hombres del *Security Group*. Convencido de que aquella noche no se produciría ninguna alarma, se encaminó a su cabina.

En su pensamiento apareció la figura de Ruth Sheferian con gran nitidez. Suspiró, su nariz se dilató, anhelante.

¿La deseaba?

Desde luego, Frank no conocía en su intimidad a Ruth, pero los prietos vestidos del uniforme que ella usaba diariamente revelaban unas formas esbeltas, pronunciadas, un cuerpo muy deseable, en suma.

Pero no era sólo el deseo. Se trataba de algún sentimiento mil veces más profundo.

—¿Amor? —se preguntó, un tanto inquieto.

No podían engañarse a sí mismo. Sí, estaba empezando a enamorarse de Ruth Sheferian.

«Lástima que Diane...», pensó.

Pero no era el momento más apropiado para permitir que su espíritu se conturbara: había llegado la hora de descansar.

Estaba seguro de que aquella noche dormiría de un tirón, sin interrupciones.

Pero se equivocaba. Cuando penetró en su cabina, tres rápidas y diminutas formas humanoides se deslizaron ágilmente entre sus piernas y penetraron con él en la cabina.

CAPÍTULO X

El deseo estalló en el fondo de sus sentidos con la potencia de una carga de nitroglicerina.

Y, sí, todo era posible en aquel mundo sin fronteras. Bastaba con desear a Ruth Sheferian, y allí estaba ella, en la puerta de la cabina, con una apariencia etérea, envuelto su cuerpo bronceado en voluptuosas y tenues gasas azules.

Frank se alzó en el lecho y murmuró ardientemente:

—Ven...

Ella sonrió dulcemente, pero no respondió.

Las leves gasas que velaban su cuerpo se alzaron en el aire y luego cayeron pausadamente al suelo con un hermoso revoloteo silencioso.

—¡Ven!

Ruth le tendió los brazos.

Propicia, entregada, ¡tan próxima...!

Frank se sintió inundado por la voluptuosidad.

Pero cuando los frescos dedos de ella tocaron el pecho del hombre, Frank comprendió que aún quedaban mil placeres desconocidos al alcance de sus ávidas manos.

—Ruth, amor mío...

Sediento de amor, Frank hundía su rostro en los perfumados cabellos femeninos.

Los dedos de Ruth acariciaban su frente, sus mejillas, sus hombros, su pecho.

Y él murmuraba, enfebrecido:

—Ruth, amor mío...

Una ardiente vorágine se desató dentro de él cuando Ruth, desnuda, descansó a su lado.

Todos los sentidos a flor de piel, los labios sedientos; el deseo exacerbado hasta lo inimaginable.

Y Ruth tan cercana, tan dulce, tan hermosa…

Fue a tomarla y notó que unas frías manos sarmentosas se posaban en sus hombros, deteniéndole.

—¡Frank!

Era un grito rabioso, exigente. Era un alarido desgarrado, duro, autoritario, egoísta.

Era Diane Kendall, que volvía para atormentarle.

Sin poderlo evitar, también él gritó. De sorpresa, de espanto, de desesperada rabia, de intensa frustración.

Ruth, dolorida, se incorporó y se alejó, flotando sobre el vapor rojizo que flotaba sobre el piso de la cabina.

Las manos crispadas de Diane le agarraban, le retenían con fuerza y sus uñas aceradas como las de un ave de presa herían su piel dolorosamente.

—Es a mí, Frank…, ¡es a mí!, a quien debes amar y desear. Es tu deber: yo soy tu esposa. Estás obligado a mí, Frank. Eres sólo mío hasta el fin de tus días. ¡Mío, sólo mío, Frank!

Él se resistía con todas sus fuerzas, pugnaba por escapar de las frías garras y correr en pos de Ruth, cuya silueta ideal se desvanecía ya, inalcanzable, en la borrosa distancia onírica.

—¡Mírame, mírame, mírame! —chillaba Diane, exigente—. ¡Mira mi rostro deformado por el ácido…!

Pero él trataba de huir a aquel horror, se resistía con todas sus fuerzas a sumergirse en la helada locura que comunicaban las frías manos de su esposa.

—Es tu obra, Frank, aunque tú no me arrojaste el ácido… Tú podías protegerme, *debías* protegerme… Pero me abandonaste, Frank, ¡Me abandonaste! Olvidaste tu deber y sólo tú eres culpable de la tragedia…

Ya nada quedaba de la presencia tierna de Ruth. Ni siquiera su fragante perfume, que la cargada atmósfera generada por el cuerpo de Diane había difuminado por completo.

—¡Mírame, Frank! —exigía ella, tenaz.

Él se volvió, sudoroso.

Y vio el horrible rostro deformado satánicamente, diluidas las facciones, como si fueran de cera, sometidas a la acción del calor del infierno.

—Te necesito a ti, Frank. Necesito tu amor, tu respeto, todo tu ser... Incluso necesito... *tu sangre.*

Él se estremeció. *¡Su sangre...!*

Pero Diane estaba allí, monstruosa y sedienta.

Frank vio sus mandíbulas entreabiertas, sintió el hedor fétido que brotaba de su boca y vio los oscuros y cortantes incisivos, dispuestos a morder su cuello, a extraer su propia sangre.

—¡Nooooo! —gritó salvajemente.

Y elevó los brazos con fuerza y se incorporó impetuosamente en el lecho.

Despertó bañado en sudor. Sentía que sus sienes latían furiosamente y que su visión era borrosa y sus movimientos torpes.

—¡Uf, qué pesadilla! —murmuró satisfecho al comprobar que la visión de Diane se alejaba.

Bajo la almohada buscó un pañuelo para enjugarse el sudor que brotaba abundante de su cuello, lo halló y se frotó suavemente la garganta.

El pañuelo quedó profusamente manchado de sangre.

Frank palpó entonces su cuello y, al tacto, reconoció los bordes de dos pequeñas mordeduras.

Las heriditas seguían sangrando fluidamente. Súbitamente, Cadwell se sintió dominado por el pánico...

¡Estaba desangrándose!

El radio-emisor. Estaba sobre la mesilla, próximo, al alcance de su mano.

Quiso mover la mano derecha, pero no pudo, porque el miedo le paralizaba por completo.

Entonces oyó el leve chillido. *Bajo el lecho.*

Aquellos animalejos, los homúnculos chupadores de sangre, habían conseguido penetrar en su cabina. Y ahora se agitaban debajo de la cama, decididos, quizá, a volver arriba al morderle de nuevo, a robarle su preciosa sangre…

De repente, el miedo que le paralizaba hizo crisis y se desató en un paroxismo de furor.

Gritó como un energúmeno y se arrojó del lecho de un salto inconcebible.

—¡Sabandijas de Satanás…! —chilló descompuesto—. ¡Salid de ahí, venid aquí…!

Sus poderosas manos doblaron la pata de una silla metálica y la desgajaron fácilmente de su ensambladura.

Bajo el lecho se oyó un bisbiseo casi inaudible.

Entonces, el coronel se dejó caer al suelo y miró.

Las tres pequeñas criaturas se apiñaban en apretado grupo contra el muro. Sus redondos ojos brillaban como rubíes en la penumbra. Aguardaban inmóviles, firmemente entrelazados entre sí, como si la proximidad multiplicara sus posibilidades de ataque y defensa.

También Cadwell estaba inmóvil, vientre a tierra, contemplando, incrédulo, a las tres peludas criaturas de cráneo aplastado, hocico cónico y vientres abultados…

Hasta que de improviso dejó escapar un grito de locura y se puso en pie de un salto.

De una patada volcó el lecho.

Los homúnculos chillaron de espanto y huyeron a esconderse bajo las ropas de la cama.

Con el tubo metálico en la mano, Frank golpeó salvajemente a diestro y siniestro, tan nervioso y exaltado que le resultaba imposible precisar los golpes. Las ropas de la cama se deshacían en jirones y los objetos de las mesillas caían al suelo y rodaban sobre el pavimento aislante.

Tan ciegamente golpeaba que ni uno solo de sus embates alcanzó a las huidizas criaturas que se desplazaban velozmente bajo las

sábanas. Por el contrario, en uno de sus violentos embates se golpeó el tobillo izquierdo con tanta fuerza que apenas pudo contener un aullido de intenso dolor.

La sangre manaba copiosamente de sus heridas del cuello y Frank seguía tratando de alcanzar con sus golpes a los escurridizos homúnculos. Rodeaba el lecho volcado, apartaba con ira las ropas, pero todo era inútil: los animales eran demasiado rápidos para él.

Finalmente, se detuvo, exhausto. Su respiración era un silbido estertoroso y sus piernas apenas tenían fuerza para sostenerle en pie.

Entonces asistió a una escena repugnante: la cabeza de un homúnculo surgió bajo el lecho y aquella criatura lamió la sangre que, en gruesos goterones, cubría el suelo.

Un grito de locura se escapó de la garganta del coronel Cadwell. Murmurando palabras inconexas, sin sentido de la realidad, trató de alcanzar a aquellos seres a patadas.

Posiblemente, Frank Cadwell se hubiera destrozado a sí mismo en medio del desatado paroxismo de miedo y de repugnancia. Pero dos minutos después, alguien golpeó con fuerza la puerta de la cabina.

—¡Abra, coronel! —se oyó la potente voz de Ron Peterson, al otro lado del panel metálico.

Con pasos vacilantes y mirada extraviada, Frank buscó su *kit* electrónico. Estaba en el suelo, bajo una de las volcadas mesillas, manchado de sangre.

Pulsó el botón y la puerta se abrió.

Peterson, Wells y Harris penetraron en la pieza y contemplaron, demudados, el apocalíptico desorden que reinaba en la cabina.

Cadwell se volvió hacia ellos. Sus ojos, erráticos, tenían un brillo de locura y su velludo pecho y el pantalón de tejido elástico estaban empapados de sangre.

Ya se disponían a auxiliarle, cuando el coronel gritó como un energúmeno:

—¡Se escapan, se escapan! ¡Cierren esa puerta...!

A dos metros de la puerta, Peterson giró veloz y aún tuvo tiempo para vislumbrar las tres huidizas siluetas que escapaban raudas a través de la puerta, entreabierta.

Atropellándose a la salida, los tres hombres del servicio de seguridad se abalanzaron fuera de la cabina.

Petersen fue el primero en disparar su pistola eléctrica contra las pequeñas formas de color pardo que desaparecían ya al final del próximo recodo del pasillo, situado a unos treinta metros.

Los mortales impactos eléctricos elevaron azuladas nubecillas de humo de los surcos abiertos en el pavimento, pero ni Petersen ni sus compañeros consiguieron hacer blanco.

Una rápida carrera les llevó hasta la esquina, pero cuando dominaron con la vista el largo corredor principal por el que habían huido los homúnculos, lo encontraron desierto.

Harris fue a dar la alarma, mientras Petersen y Wells regresaban para auxiliar a Frank Cadwell.

Cuando penetraron por segunda vez en la cabina, el coronel yacía de bruces sobre un gran charco de su propia sangre.

CAPÍTULO XI

Frank Cadwell volvió en si cuatro días después.

Para salvarle la vida, la doctora Sheferian había, trabajado casi sin interrupción durante setenta y dos horas. El coronel había necesitado diez transfusiones de sangre de otros tantos donantes voluntarios para superar la anemia aguda.

Pero ello no era todo. Ruth, que le había atendido sin descanso, sabía que Frank Cadwell había rondado durante aquellos días el borde de la locura. Su equilibrio psíquico había tenido que superar una terrible prueba, pero al fin el peligro se había alejado.

Para entonces, nuevos incidentes habían venido a poner nuevas notas sombrías en el panorama, ya de por sí tétrico, de la Base Experimental Marte.

En las primeras horas de su vuelta a la consciencia, Ruth se había negado sistemáticamente a permitir que el oficial Fletcher informase al coronel acerca de las luctuosas novedades acontecidas durante los últimos cuatro días. Sus motivos eran razonables: temía que aquellas noticias perturbasen al coronel decisivamente.

Pero Dan Fletcher se mostraba cada vez más impaciente. Y finalmente habló a la doctora Sheferian con absoluta claridad:

—Tiene que hablarle, Ruth. Si el coronel no logra llevar la serenidad al ánimo de nuestros compañeros, temo mucho que entre nosotros se desate la locura colectiva.

—Está bien. Le hablaré —prometió ella, comprendiendo que Fletcher tenía razón.

Y así, Cadwell escuchó de labios de Ruth los graves sucesos que habían tenido lugar durante los últimos días.

—La primera fue Linda McBillie, analista, ayudante del doctor Brisbane...

La noche siguiente a aquella en que Frank fuera atacado por los homúnculos, Linda los había despertado a todos exhalando agudísimos alaridos histéricos.

Los hombres del *Security Group* la encontraron desnuda y... con el

rostro y los cabellos bañados en sangre. Corría sin rumbo a lo largo del pasillo y se debatía en un delirante ataque de nervios.

—La trajeron en volandas al hospital y le practicamos una cura de urgencia. Por supuesto, hubo que hacerlo varias transfusiones, pues había perdido una enorme cantidad de sangre por la herida del pecho…

—¿Herida del pecho? —preguntó Cadwell, asombrado—. ¿No eran pequeñas mordeduras en el cuello?

—Advertí diminutas señales de dientes en su cuello, en efecto. Pero su pecho estaba surcado por profundos arañazos que parecían producidos por la zarpa de una fiera…

—¿Cómo puede entenderse eso?

—No lo sé —respondió Ruth, abatida—. Sólo me atengo a los hechos. Linda McBillie permaneció durante seis horas en crítico estado de gravedad, aunque después comenzó a mejorar. Durante su delirio, repetía obsesivamente aquel grito…

—¿Qué era lo que gritaba?

—«¡Dios mío, saquen de aquí ese tigre!» Por supuesto, todos creímos que sus palabras eran producto del delirio. Pero lo inexplicable es que cuando Fletcher y sus hombres registraron la cabina de Linda «el ambiente hedía con el olor acre característico de los grandes felinos», para citar literalmente sus palabras.

—¡Pero aquí no hay tigres! —exclamó Frank, colérico.

—*¡Ya lo sé!* —respondió Ruth, impaciente—. Lo cierto esque el ventanal de la cabina de Linda McBillie estaba roto y mostraba una enorme abertura de un metro cuadrado. Recuerda, Frank, que *ese cristal tiene diez centímetros de grosor y puede resistir cincuenta atmósferas de presión.*

—Pero…

—Al día siguiente, por la noche, Ron Petersen estaba de servicio en la cabina de la rotonda —siguió explicando Ruth, dispuesta a contarlo todo—. A las cuatro de la madrugada le relevaron Jim López y Fred Gálvez. Pero Ron salió de la cabina y comenzó a disparar contra ellos como un loco. Por fortuna no logró alcanzarlos con sus disparos.

Ron Petersen se había hecho fuerte en la cabina. Alertado por el

estrépito y los gritos, Fletcher había movilizado a su unidad especial.

—Fue... terrible —explicó la doctora Sheferian—. Ron aullaba de un modo impresionante y se debatía en el interior de la cabina como una fiera enjaulada.

Tras unos minutos de impaciente espera, protegidos sus hombres por escudos a prueba de disparos eléctricos, Fletcher avanzó despacio hacia la cabina, intentando auxiliar a su camarada.

—De repente, Petersen saltó a través de la cristalera, que saltó hecha añicos como si se tratase de débiles vidrios trucados. Según los testigos, sus cabellos, siempre muy cortos, habían *crecido veinte centímetros en menos de tres horas*...

Petersen había disparado, enloquecido, contra Dan Fletcher.

—Sus disparos estuvieron a punto de alcanzar al primer oficial de seguridad, que, a pesar de ello, no se defendió. Sus hombres sí dispararon contra Ron Petersen, para salvar la vida de su jefe. Y le abatieron. Cuando le trajeron aquí estaba muerto —exclamó Ruth, con voz desmayada.

La doctora Sheferian había examinado el cadáver, a pesar del horror que la embargaba.

—Había mordeduras en su cuello, y sus cabellos y las uñas de sus pies y sus manos habían crecido cinco centímetros. La piel de su cuerpo se había tornado muy oscura, con un color casi cianótico. Fletcher declaró que la cabina de vigilancia estaba llena de sangre —terminó Ruth, desolada.

—Dios misericordioso... —murmuró el coronel, perdido el ánimo.

Pero su desaliento sólo duró un instante. Luego su mandíbula se elevó y sus ojos azules adoptaron un brillo de determinación.

—Haz entrar a Fletcher —indicó a Ruth.

El oficial de seguridad penetró en la estancia treinta segundos después.Barbudo, demacrado y pálido, el atlético Dan Fletcher parecía haber envejecido diez años en unos pocos días.

A pesar de ello, todavía demostraba un poco de su vigor característico.

—Ruth me ha explicado todo lo ocurrido a lo largo de las cuatro últimas jornadas —dijo Frank, sin perder el tiempo en preámbulos—.

Dime, Dan, ¿cuál es exactamente la situación actual?

El oficial de seguridad tragó saliva. Luego se pasó una nerviosa mano por el barbudo rostro.

—Nuestra gente está desmoralizada —confesó. Y añadió—: Ahora saben que nuestra base está invadida por unos desconocidos y peligrosos seres que parecen poseer el don de la ubicuidad. Todos están aterrados y se niegan a salir de sus cabinas, en las cuales algunos de ellos permanecen en ayunas desde hace cuatro días. El pánico y el desaliento han cundido. Es todo cuanto puedo decirle, coronel.

—Vamos, vamos, Dan: es preciso imponerse al desánimo. ¿Quieres acercarme mis ropas? —pidió Cadwell.

Se vistió despacio, con movimientos inseguros. Pero al cabo de unos minutos en pie comenzó a sentirse más seguro de sí mismo.

—¿No ha sido posible capturar a uno de esos homúnculos? —preguntó, al cabo.

Fletcher denegó con un movimiento de cabeza.

—Incluso mis hombres están aterrados y temen salir de sus cabinas. Escuche, coronel… ¡Hay centenares de esas criaturas sanguinarias en la base! Yo mismo he podido verlos anoche, a través de los monitores de televisión. Correteaban por los pasillos de la sala de asambleas, el comedor, el bar, las cocinas... Pero no he sido capaz de sorprender a uno solo de esos animalejos, frente a frente. Se esconden en cualquier parte, se mueven constantemente..., buscando su roja pitanza.

—Vamos, es preciso que reunamos a todos en asamblea —exclamó Frank, consciente de lo crítico de la situación.

El oficial de seguridad le siguió con escaso entusiasmo.

—Dudo que consiga algo positivo de nuestros compañeros —le previno—. Saben que las astronaves *Spaceray* tardarán aún diez días en llegar y muchos temen que esos bichejos acaben con nosotros antes de que pueda llevarse a cabo la evacuación.

—A pesar de todo —respondió Cadwell, tenaz—. Es preciso organizar un plan de defensa..., antes de que sea demasiado tarde.

Ruth Sheferian y el reverendo John Parkins se les unieron a la entrada del hospital.

En silencio, los cuatro caminaron a vivo paso hacia el centro de telecomunicaciones.

CAPÍTULO XII

Poco a poco, todos fueron abandonando sus cabinas, como conejos asustados que temieran encontrar al turón a la entrada de su madriguera.

La imagen del coronel Frank Cadwell en las pantallas de los televisores había obrado el milagro.

—No os niego que la situación es crítica, incluso inquietante —había dicho el coronel—. La invasión de esas alimañas de procedencia desconocida ha hecho cundir el pánico entre nosotros. Pero reconoced que aún somos más de ciento noventa personas, seres inteligentes con mentes capaces de engendrar ideas y planes de defensa. Esas criaturas sólo son animales —Cadwell se detuvo un momento, perplejo... (¿Animales sedientos de sangre o seres inteligentes?) Pero en seguida prosiguió—: En cualquier caso, unidos podremos defendernos mejor. Por ello os pido que todos nos reunamos en la sala de asamblea. Reuniros en los pasillos en grupos de veinte y dirigiros a la sala de asamblea. Un grupo armado de vigilancia está patrullando la base.

El «grupo armado de vigilancia» estaba compuesto exactamente por Dan Fletcher, Ruth Sheferian y el reverendo-biólogo Parkins, que se limitaban a montar guardia, dominados por el nerviosismo y la aprensión, en la rotonda del centro de vigilancia.

Eran las catorce veinticinco. Mediodía.

A las quince diez todos estaban reunidos en la espaciosa sala de asambleas, capaz para albergar a quinientas personas cómodamente instaladas.

El valor del coronel se tambaleó al contemplar a sus camaradas: pálidos, barbudos y nerviosos los hombres; inquietas, demacradas y temblorosas las mujeres, el conjunto presentaba un aspecto de lamentable desánimo, de desesperado fatalismo.

—Propongo que, a partir de ahora, todos permanezcamos en esta sala hasta que seamos evacuados —empezó a hablar. Y todos asintieron—. Nuestra estrategia de resistencia, será muy simple: teniendo en cuenta que nuestros invasores sólo atacan a individuos aislados, nos turnaremos por grupos en el servicio indispensable del mantenimiento de las telecomunicaciones y los medios de subsistencia.

Propuso también que se habilitase el gran comedor con camas de campaña, de modo que todos permaneciesen unidos día y noche.

—Por fortuna, las cocinas y el almacén de provisiones están unidos a estas dos dependencias, lo que hace posible que los que tengan que atender, por turno, estos servicios, no se verán obligados a alejarse de este lugar. Os pido que mantengáis la calma. Si lo conseguís, estoy seguro de que aguantaremos los diez días que nos faltan sin tener que afrontar nuevos incidentes trágicos.

Los rostros se animaron. Una luz de esperanza comenzaba a animar a los componentes de la dotación de la Base Experimental Marte.

En seguida fueron nombrados los turnos para atender comunicaciones, cocina, hospital y vigilancia.

El almuerzo, fuera de hora, se llevó a cabo en silencio. Sin embargo, los rostros se relajaban ya y, lentamente, se recobraba la calma y la serenidad.

Frank apenas descansó en los dos días siguientes. Organizaba los servicios, se preocupaba de la seguridad, impulsaba a todos a distraerse con sesiones de *video-cassettes* y atendía cualquier consulta, día y noche.

Todos se sentían enclaustrados, pero el instinto de conservación conseguía mantener las normas de convivencia en el reducido recinto.

Fue al tercer día cuando Frank captó aquella llamada en su radio-emisor portátil.

—Coronel, hemos capturado a uno de ellos —resonó la voz de Fletcher en su oído.

Una patrulla dirigida por el oficial de seguridad acudía diariamente al Zoo para alimentar a los animales supervivientes. Y la patrulla se encontraba ahora en el Zoo, precisamente.

—¿Qué quieres decir, exactamente? —preguntó Cadwell en un susurro, para que no cundiera la alarma, si alguno de sus compañeros había escuchado el mensaje de Fletcher.

—Cuando penetramos en el establo, tres de esos bichejos estaban colgados del cuello de un toro. Le estaban desangrando materialmente. El animal yacía en el suelo, sin fuerzas para defenderse. Wells reaccionó rápidamente, tomó una horquilla de hierro y saltó sobre las alimañas. Los demás consiguieron huir a través

de los fardos de heno, pero uno de ellos está aquí, con la cabeza rota, muerto —informó en voz baja el oficial de seguridad.

—Muy bien —la expresión de Cadwell se animó—. Rematad al toro, si no es posible recuperarlo, meted el cadáver del bicho en una bolsa y llevadlo al laboratorio del reverendo Parkins. Yo iré hacia allá con Parkins, dentro de unos minutos.

Cortó la comunicación. Se sentía como sobre ascuas. Sin embargo, trató por todos los medios de disimular su excitación.

Pasados unos minutos, buscó a Ruth y al reverendo y les pidió que le acompañasen.

En cuanto estuvieron fuera, a solas, les dio cuenta del asunto. Lógicamente, también Ruth se mostró llena de curiosidad, pero era John Parkins el que parecía fascinado ante la posibilidad de examinar el cuerpo del homúnculo.

Penetraron en el pequeño laboratorio de Biología y aguardaron.

No tardó en aparecer Wells, que también daba muestras de gran excitación. Dejó sobre la mesa de Parkins una bolsa de plástico azul y exclamó:

—¡Y pensar que una manada de sabandijas como ésa ha conseguido mantenernos aterrorizados durante tantos días...!

Parkins abrió un armario y sacó con movimientos temblorosos un paquete de guantes asépticos.

Se calzó rápidamente un par, mientras Ruth hacía otro tanto. Luego, ante la expectación de todos, introdujo una mano en la bolsa y sacó el cuerpo, que depositó sobre una bandeja.

En verdad, el cuerpecillo que contemplaron todos no podía presentar un aspecto más ruin y miserable.

Con poco más de dos kilos de peso, cuarenta y un centímetros de estatura, un pelaje corto, pardusco oscuro, el desinflado animalillo tenía una apariencia grotesca.

Desde luego, la disposición del esqueleto era claramente antropoide. A diferencia de los simios, aquel homúnculo tenía las piernas largas y los brazos proporcionados. Las orejas eran enhiestas, puntiagudas, grandes y casi transparentes. El cráneo era deprimido, lo que denunciaba escasa capacidad cerebral.

El hocico era semejante al de un mandril, puntiagudo, apto para chupar sangre. Tenía un absurdo vientrecillo hinchado e incluso se podían ver los genitales: aquel individuo era un macho.

—Reiría ahora mismo a carcajadas —susurró Cadwell—..., si no supiese que estas pequeñas criaturas pueden matar fácilmente.

—Practicaré la disección y estudiaré hasta su última célula —anunció el reverendo Parkins, entusiasmado—. En cuanto haya terminado mi trabajo, le informaré, coronel —cortésmente, Parkins se inclinó sobre Ruth—: ¿Quiere servirme de ayudante, doctora Sheferian?

Pero ella declinó la invitación: la visión del animalillo leproducía repugnancia. Sólo una cosa la obsesionaba: la facultad de aquellas pequeñas criaturas para engendrar delirios y pesadillas tan vivos como la misma realidad.

* * *

El disco apenas medía tres centímetros de diámetro.

Era de color azulado, brillante, y parecía de consistencia vítrea, aunque su superficie estaba formada por minúsculos discos superpuestos.

—Puede tocarlo. Lo he esterilizado —le animó Parkins, que demostraba una notable excitación para un hombre normalmente parco en manifestar sus sentimientos.

Frank tomó el disco entre sus dedos, lo sopesó, lo palpó e incluso probó su dureza intentando rayarlo con la uña, sin conseguirlo.

De repente lo dejó caer sobre la bandeja de plástico.

—¡Está caliente! —exclamó, asombrado.

—Sí. He medido su temperatura. Cuarenta grados. Pero lo más impresionante es que he tratado de enfriarlo, sumergiéndolo en agua durante más de treinta minutos, y no he conseguido que su temperatura descendiera ni un grado —declaró Parkins, tan ufano como si la extraña propiedad del pequeño disco fuera obra suya.

—Hay algo más —añadió el reverendo, encendido.

—¿Qué es? —preguntó Cadwell, impaciente.

—El disco vibra ligeramente cuando se le toma en la mano o se

pone en contacto con la piel… ¡Compruébelo por sí mismo! No, no tema, coronel. Es inofensivo. Cójalo. Así. ¿Lo nota?

Frank obedeció. Con cuidado tomó el oscuro disco en su mano y lo palpó. La vibración era muy leve, casi impalpable, pero era cierto que se notaba un perceptible movimiento.

Cadwell dejó el objeto en su sitio.

—Muy bien, reverendo Parkins. Me siento fascinado porese pequeño disco. Y ahora, dígame, por favor, ¿dónde lo encontró? —preguntó, sin demostrar la inquietud que comenzaba a experimentar.

Parkins dejó escapar una risita.

—Lo encontré en el cuerpo de ese pequeño hematófago —confesó—. Estaba insertado en su cabeza. Exactamente entre el cráneo y el cuero cabelludo.

—¿En el cráneo del homúnculo?

—Sí. Es algo… prodigioso, para explicarlo de alguna manera —Parkins se frotó las manos, frenético—. En verdad, yo creo que esas pequeñas criaturas que se alimentan de sangre no son… sino animales.

—Yo también pienso lo mismo —admitió el coronel Cadwell.

Parkins acarició el disco con exquisita suavidad, como si fuera la joya más preciada del Universo.

—Es posible. Pero el pequeño disco insertado bajo el cerebro de esos animalillos les dota de cualidades humanas —declaró con la gravedad del que afirma un dogma.

Cadwell sonrió. Y Parkins, que le estaba observando, frunció el ceño, tenso y ofuscado.

—¿Se burla de mí? —exclamó, brillantes los ojos tras los cristales de las gafas.

Cadwell extendió las manos con un ademán muy expresivo.

—No, no, reverendo. No se trata de eso. Sólo que… dudo mucho que un simple pedazo de vidrio, más o menos misterioso, pueda conferir cualidades humanas a un animal. Verá, yo estimo que…

Pero John Parkins no le escuchaba ya. Acababa de protegerse tras una sólida muralla de indiferencia y hermetismo.

* * *

—Cuatro días —dijo Frank Cadwell, tras olfatear, complacido, el rico aroma del jerez.

—¡Cuatro días! —se lamentó Ruth, impaciente.

Cuatro días más tarde, las poderosas astronaves *Spaceray* estarían sobre la superficie de Marte. Se recogería la carga indispensable, subirían a bordo y las majestuosas naves del espacio se elevarían fácilmente sobre aquel infierno.

—Y todo se habrá solucionado —murmuró Frank entre dientes. Pero sus facciones no expresaban alegría.

—¿Qué? —murmuró Ruth, distraída.

—Oh, nada. Nada —respondió.

Pero mentía. Estaba pensando. Le dolía la cabeza de tanto pensar, pues había visto transcurrir la noche anterior en un continuo tejer y destejer de ideas, posibilidades, irrealidades, hipótesis y locas teorías.

De pronto se decidió.

—¿Adónde vas? —preguntó Ruth, pendiente de él.

—Me aburro —mintió por segunda vez—. Voy a charlar un rato con John Parkins —y abandonó la sala de asambleas. Al abrirse la puerta se vieron de refilón las siluetas de los dos vigilantes que montaban guardia en la ancha puerta exterior.

En el pasillo, el coronel se detuvo al divisar a Dan Fletcher.

—¿Novedades? —preguntó Cadwell.

—Las previsibles. Esos… homúnculos han matado a los únicos tres animales de sangre caliente, una vaca, un caballo y una yegua. Los reptiles y las tortugas vegetan en sus covachas tranquilamente: no les gusta la sangre fría, ¿no le parece irónico, coronel? —exclamó Fletcher, que no demostraba deseos de bromear.

—Es lamentable —respondió el coronel, apretadas las mandíbulas. Y siguió adelante.

John Parkins no estaba en el laboratorio. Sobre una repisa, dentro de un gran tarro de alcohol, el cuerpo diseccionado del homúnculo parecía sonreír sardónicamente, entreabiertas las mandíbulas dotadas de agudísimos y potentes incisivos.

—¿Reverendo? —exclamó Frank en voz alta.

Nadie le contestó la primera vez, pero cuando volvió a pronunciar la misma palabra de forma estentórea, un débil lamento surgió a través de la puerta del fondo, entornada.

Empujó la puerta, penetró en la pequeña estancia anexa... John Parkins descansaba boca arriba reclinado en un estrecho canapé guarnecido en negro cuero.

Su cabeza estaba vendada. Vendas manchadas de sangre rodeaban su frente hasta el occipucio, cubriendo parcialmente sus cabellos.

—¡Parkins! ¿Qué le ocurre? —preguntó Cadwell, alarmado.

—No... es nada. Mi fichero se deslizó desde lo alto del... armario y me produjo un... pequeño corte en el cuero cabelludo. Me... eché un momento a descansar —respondió, sin cambiar de posición.

—Pero... Venga conmigo. O, mejor, quédese ahí. Avisaré a Ruth.

—¡No, no, por favor! —protestó Parkins—. Créame, coronel: no es nada. Apenas un rasguño. Yo mismo me he curado. Sólo que me dolía la cabeza y me eché para descansar durante unos minutos. En seguida estaré bien.

—Si usted lo dice... —Frank movió la cabeza, dubitativo—. Por cierto, reverendo, me gustaría echar una nueva ojeada a ese disco de cuarzo.

—¿El disco? ¿Qué disco?

—Naturalmente el que usted encontró en el cerebro del homúnculo. Tengo interés en someterlo a ciertas pruebas —especificó el coronel.

—¡El disco...! Lo he buscado durante horas y horas. Y no lo he encontrado. Créame, coronel, no puedo explicármelo. Quizá alguien entró aquí y... lo robó —respondió el biólogo.

—Muy extraño.

—¡Sí! O, bueno, quizá lo haya puesto en algún sitio... ¡Esta cabeza mía! Pero no tema, coronel: si no me lo han robado, lo encontraré. Y podrá tenerlo cuantas horas quiera —afirmó Parkins con voz lejana.

—Está bien. No se demore demasiado, reverendo. Son ya las diez de la noche. Ya sabe que es peligroso permanecer fuera de nuestro refugio —le recomendó el coronel.

—Oh, no. No tema. Dentro de unos minutos me levantaré, cerraré la puerta y volveré. Sólo es… este terrible dolor de cabeza. Me repondré en seguida, descuide, amigo mío.

Frank entornó la puerta, atravesó el laboratorio de Biología y salió al pasillo.

Permaneció allí durante dos minutos, pero finalmente se dirigió al refugio y pasó ante los vigilantes de la entrada.

También a Frank Cadwell seguía doliéndole la cabeza.

CAPÍTULO XIII

Tres veinticinco de la madrugada.

Distribuidos entre el comedor y la sala de asambleas, los componentes de la dotación de la Base Experimental Marte dormían tranquilamente.

Bueno, Frank Cadwell acababa de despertarse dos minutos antes. ¿Qué le había desvelado? Le había parecido escuchar un ligero gemido, pero ahora sólo podía escuchar las rítmicas respiraciones de sus compañeros. En definitiva: alguien que sufría una pesadilla, quizá.

Tres treinta y dos de la madrugada.

Frank se dejaba adormecer dulcemente con la imagen de Ruth Sheferian en la mente.

Y en aquel momento resonó aquel chillido alucinante.

Frank se incorporó de un salto, apretó un botón de su *kit*y las luces se encendieron, potentes, colgadas en el techo.

Una menuda silueta se deslizó, rauda, entre las camas de campaña. Y más allá otra, y otra… ¡Docenas de menudos seres peludos abandonaban la proximidad de los lechos y corrían, como ratas, hacia la entrada de los lavabos!

Pero Frank Cadwell llegó hasta allí en una carrera loca y accionó el interruptor que bloqueaba las puertas.

Simultáneamente, la mayoría de los durmientes despertaron con brusquedad en sus lechos.

Y nuevas oleadas de homúnculos abandonaron, con la rapidez de lagartos, sus tibios cobijos de espera junto a las improvisadas camas.

La sangre se enfrió en las venas del coronel Cadwell al comprobar las veloces carreras de los animalejos que se estrellaban locamente contra las cerradas puertas blindadas.

Entre tanto, entre las personas que acababan de despertar, el pánico se desarrollaba en una cadena tan rápida como la fisión nuclear.

Frank vio a Lizzette von Kaumann con su skijama empapado en

sangre, que retrocedía enloquecida hacia el grupo que se formaba ya en el fondo, sobre el estrado de la sala de asambleas.

Varias de las bestezuelas hematófagas chocaron contra las piernas de Frank en su desesperada carrera hacia los lavabos.

Las planchas blindadas resonaban al impulso de los embates de las pequeñas criaturas que saltaban espectacularmente por encima de los más voluminosos obstáculos.

¿Cuántos..., cuántos de aquellos homúnculos abandonaban a sus posibles víctimas y emprendían ahora la precipitada huida...?

Quizá... más de doscientos.

Ahora ya, por encima de los chillidos de las mujeres y delas ásperas maldiciones de los hombres, las bestezuelas se agolpaban frenéticamente contra las inexpugnables puertas de los lavabos.

Formaban un apretado montón de medrosas criaturas que se apiñaban unos contra otros como para darse valor entre sí.

Es decir: algo semejante a lo que estaba ocurriendo en el extremo opuesto, en el estrado, donde el personal de la Base Experimental se agrupaba con el terror temblando en su epidermis.

Cadwell sintió ganas de reír. ¡Tan aterrados parecían los hombres como las bestias...!

De repente, se dio cuenta de que se había quedado solo. A su izquierda, los hematófagos formaban un pequeño montón tembloroso de doscientas bullentes criaturas. A la derecha, sobre el estrado, doscientos hombres y mujeres chillabanhistéricamente, pisoteándose entre sí, forcejeando a codazo limpio para conseguir el lugar más protegido.

¿Por qué aquel miedo? Los homúnculos parecían inofensivos. En realidad, se diría que iban a escapar rápidamente en cuanto encontrasen la más pequeña vía de escape practicable.

En aquel instante, Cadwell advirtió que algo se movía sobre una cama de campaña..., ¡el reverendo John Parkins! Tambaleándose Parkins se puso en pie y dirigió una extraviada mirada a izquierda y derecha. Luego, decididamente, caminó hacia la izquierda, es decir, en dirección a las criaturas que se alimentaban de sangre caliente.

—Vamos, Parkins; no es por ahí —bromeó Cadwell—. Usted debe ir junto a aquéllos..., que también están muertos de miedo.

Pero Parkins no le miró. Por el contrario, se unió a los homúnculos.

Un brusco cambio se produjo entonces entre los animales. Su actitud temerosa y huidiza se tornó inmediatamente en otra agresiva y desafiante.

—¡Parkins! —gritó Frank, retrocediendo, demudado—. ¿Qué ha hecho con el disco de cuarzo?

—Lo he insertado entre mi cerebro y mi cuero cabelludo —respondió.

—*Como los homúnculos* —pronunció Cadwell, incrédulo.

—Sí. Es el alma, no un simple pedazo de vidrio —pronunció Parkins, con voz helada—. Es lo que hace a estos hermanos —señaló a las alimañas— seres inteligentes. ¡Ahora lo he comprobado…! Y desde ahora formo ya parte de ellos.

Espantado, Frank advirtió que los ojos de Parkins relucían como rubíes…, tan brillantes y fosforescentes como los de los homúnculos que se habían apiñado alrededor de él.

Parkins no contestó. Se había arrodillado y las alimañas se cobijaban en su regazo y en sus brazos y subían sobre sus hombros.

Entonces estalló el deslumbrante fulgor rojizo. El suelo tembló y los muros vibraron, quejumbrosos… Y resonó el potente gruñido que traía reminiscencias de horrores prehistóricos.

Una colosal bestia verdosa apareció sobre el muro. El piso se hundía bajo el peso de sus mastodónticas pezuñas y el aliento que brotaba de su profunda garganta convertía el aire en fuego que quemaba los rostros.

Cadwell cayó al suelo. Se sentía aterrado, pequeño, desvalido… Pero su grito se oyó claramente en el ámbito de la sala.

—*¡No temáis, sólo es una imagen horrenda!* ¡Cerrad los ojos, no miréis! Ese monstruo sólo existe en nuestra imaginación, excitada por la luz de sus ojos rojizos…

También él cerró los ojos. Se puso en pie y avanzó. Algo se escurrió entre sus piernas, sintió una aguda mordedura en el tobillo…, pero avanzó siempre hacia adelante.

Y sus manos tocaron los hombros de Parkins. Y sus dedos

tantearon el cráneo vendado. Apretados firmemente los párpados, a pesar de que sentía las mordeduras de las alimañas en su carne, separó el vendaje, palpó el cuero cabelludo del biólogo y rasgó los puntos de sutura.

Cuando tuvo el disco entre sus dedos retrocedió, de espaldas a Parkins. Corrió como un loco hacia la cocina y arrojó el círculo de cuarzo al fuego que aún ardía en el fogón. Abrió al máximo el gas y el disco comenzó a derretirse, a ablandarse, hasta que se deformó por completo y desapareció, desmenuzado en chispitas azules.

Y entonces cayó al suelo pesadamente. Antes de golpear contra el pavimento se había desvanecido.

* * *

—¡Ruth…!

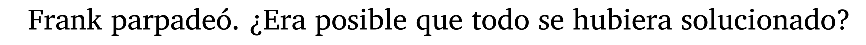
—Calma absoluta, coronel —una suave sonrisa distendió los labios de la doctora Sheferian—. Base Experimental Marte bajo control.

—¿Qué… quieres… decir?

—Fletcher se comunicó con el general Hopper y la orden de evacuación ha sido revocada. Pero será mejor que empiece a explicártelo todo a partir del momento en que tu resistencia neuropsíquica falló…

Fletcher, el siempre valeroso Fletcher, había sido el primero en reaccionar. Utilizando el *kit* del coronel Cadwell, abrió de par en par las puertas de la sala en el momento en que John Parkins se desplomaba en el suelo.

—Los homúnculos huyeron veloces exhalando chillidos medrosos. Desde el pasillo, Fletcher accionó la salida sur… ¿Sabes qué ocurrió? Jamás podré olvidarlo, Frank… Miles de esas alimañas brotaron de todas partes y se precipitaron al exterior. Formando una manada, galoparon en dirección a la hondonada «December». Pocos minutos después, advertimos actividad radiactiva en toda la zona y luego… se produjo una deflagración y vimos un fulgor azulado que se elevaba vertiginosamente hacia el firmamento. Apenas duró todo unos segundos. La luz se difuminó en las alturas y la radiactividad cesó por completo. Ayer comprobamos que el aerolito ya no está en el fondo de la hondonada «December». Y no queda rastro de esos extraños animalejos…


Frank parpadeó. ¿Era posible que todo se hubiera solucionado?

—¿Y Parkins? —murmuró.

—Su corazón falló. Ha muerto —Ruth quedó pensativa—. Dime, Frank…, ¿quiénes eran ellos?

—No lo sé. Nunca lo sabremos. Los homúnculos, esos animalillos, no eran más que eso, animales hematófagos, como los vampiros terrestres… Alguien los envió aquí, alguien los controlaba mediante esos raros discos de cuarzo que… componían como una cadena circular. Cuando un eslabón falló…, la cadena se deshizo… ¡Pobre Parkins! Creo que era un fanático—se compadeció.

—Todo ha terminado, Frank. Por desgracia… hay otra mala noticia —dijo Ruth, indecisa.

—¿De qué se trata? —Cadwell se incorporó sobre los codos.

—Tu esposa falleció hace seis días en el sanatorio.

* * *

—Ahora faltan sólo siete meses para volver a la Tierra —dijo Ruth.

El coronel Cadwell encendió un largo cigarro después de arrancarle la punta de un certero mordisco.

—¿Tienes prisa por volver? —preguntó él, ceñudo.

—Sí. ¿Qué es lo que tengo aquí? —sollozó ella, vuelta de espaldas.

Cadwell la tomó por los hombros y la obligó a girar. Y sus ojos se sumergieron voluptuosamente en aquellos otros profundos de la doctora Sheferian.

—Yo —dijo él. Y la besó.

Ruth se estremeció levemente. Y devolvió la caricia con urgente ansiedad.

Cadwell apagó el cigarro en su cenicero de cristal tallado.

—Siete meses. Me parece mucho esperar —dijo—. ¿Y a ti?

—Toda una eternidad —respondió ella. Y un escalofrío de placer recorrió voluptuosamente toda su epidermis cuando el coronel

Cadwell hizo resbalar el fino suéter sobre sus hombros bronceados.

FIN

[1]**Tildrich, Base Uno**, núm. 269 de esta misma colección.